



# La historia del trabajo

Una nueva historia de la humanidad

**JAN LUCASSEN**

Traducción de Víctor Altamirano



**JAN LUCASSEN** (1947) es un historiador neerlandés. Miembro honorario del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam y fundador de su Departamento de Investigación, editó el *Global Labour History. A State of the Art* (2008) y coeditó *Globalising Migration History: The Eurasian Experience (16<sup>th</sup>-21<sup>st</sup> Centuries)* (2014).



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

---

LA HISTORIA DEL TRABAJO



JAN LUCASSEN

# La historia del trabajo

*Una nueva historia de la humanidad*

Traducción de  
VÍCTOR ALTAMIRANO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2021

Primera edición, 2025

[Primera edición en libro electrónico, 2026]

---

Lucassen, Jan

La historia del trabajo. Una nueva historia de la humanidad / Jan

Lucassen ; trad. Víctor Altamirano. — México : FCE, 2025

646 p. : ilus. ; 23 × 17 cm — (Colec. Historia)

Título original: *The Story of Work: A New History of Humankind*

ISBN 978-607-16-9077-7

1. Trabajo – Historia 2. Mercado de trabajo – Historia 3. Trabajo – Aspectos sociales 4. Clase trabajadora – Historia I. Altamirano, Víctor, tr. II. Ser. III. t.

LC HD4841.L87

Dewey 306.36 L265h

---

### *Distribución mundial*

© 2021, Jan Lucassen

Publicado originalmente por Yale University Press

Título original: *The Story of Work: A New History of Humankind*

D. R. © 2025, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Editor a cargo: Dennis Peña Torres

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-9077-7 (impreso)

ISBN 978-607-16-9247-4 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## SUMARIO

<i>Prefacio a la edición en rústica</i> .....	9
<i>Prefacio</i> .....	11
<i>Una nota sobre historias, métodos y teorías del trabajo</i> .....	15
<i>Introducción</i> .....	25
I. Humanos trabajando, hace 700 000 a 12 000 años .....	41
II. Agricultura y división del trabajo, 10000 a 5000 a. e. c. ....	81
III. Relaciones laborales incipientes, 5000 a 500 a. e. c. ....	115
IV. Trabajar para el mercado, 500 a. e. c.-1500 e. c. ....	163
V. La globalización de las relaciones laborales, 1500-1800. ....	257
VI. Convergencia de las relaciones laborales, 1800 al presente .....	373
VII. El significado cambiante del trabajo, 1800 al presente. ....	453
Pronóstico .....	527
<i>Ilustraciones, mapas y cuadros</i> .....	547
<i>Bibliografía</i> .....	551
<i>Índice analítico</i> .....	621
<i>Índice general</i> .....	643



## PREFACIO A LA EDICIÓN EN RÚSTICA

Apenas si ha pasado un año desde que hice las últimas correcciones y los añadidos finales a la primera edición, en pasta dura, de este libro. Sin embargo, además de corregir algunos errores obvios e inevitables, quería que esta edición en rústica incluyera referencias a una cantidad limitada de nuevas publicaciones. Estas adendas no han afectado la posición ni el número de las referencias. Algunos de esos títulos adicionales incluyen pruebas recientes de una naturaleza más especializada; unos cuantos más ofrecen nuevas perspectivas más generales sobre la historia mundial en un sentido amplio, las cuales son relevantes para el tema del trabajo en diversos grados y, por lo tanto, merecen mención aparte. Con el fin de complementar la abundantemente documentada, pero más controvertida, visión general de David Graeber y David Wengrow en *The Dawn of Everything* [El amanecer de todo], incluí tres estudios excelentes de Patrick Manning (*A History of Humanity* [Una historia de la humanidad], que fue mencionada brevemente en mi primera edición, además de “The Origins of Social Evolution” [Los orígenes de la evolución social] y “Households as Seen through Biological, Cultural, and Social Evolution” [Los hogares vistos a través de la evolución biológica, cultural y social], de próxima aparición).

Gouda, 15 de abril de 2022



## PREFACIO

La idea de este libro se me presentó en la década de 1990, en un periodo de optimismo posterior a la caída del Muro de Berlín. El socialismo de Estado había sido un fracaso y, con él, según parecía, se había venido abajo la idea de que el trabajador explotado sólo podía encontrar su liberación en una sociedad totalmente “sin clases”. En su lugar, empezó a surgir un nuevo sueño utópico. Inició en Occidente, pero no tardó en ser acogido en todo el mundo con el mismo entusiasmo con que en todas partes habían dado la bienvenida a Coca-Cola. A partir de ese momento, según parecía, podríamos ganar nuestro dinero como empresarios independientes, alquilando nuestros talentos creativos al mejor postor. Quizá sólo tendríamos que trabajar unas cuantas horas al día o incluso a la semana. Seríamos tan exitosos que finalmente tendríamos tiempo: grandes cantidades de delicioso tiempo libre. Nuestra vida estaría definida por el consumo, no por la producción.

Resulta crucial que en esa utopía sólo los perdedores tuviesen que trabajar para alguien más; los nuevos y verdaderos individuos son los trabajadores autónomos y los empresarios, y todos anhelan una carrera de “carteras”. Si bien las crisis de 2008 —y en fechas más recientes la pandemia y la guerra en Ucrania— han moderado en cierta medida el entusiasmo, esa utopía sigue vivita y coleando, así sea sólo por la falta de una contendiente seria. El empresario es un héroe; el trabajador común, un esclavo.

Esa confusión es generalizada porque no habita sólo entre los defensores del “libre” mercado; en el mismo grado es una fuente del pensamiento utópico de izquierda, que, por supuesto, no proclama el espíritu empresarial independiente, sino que glorifica el trabajo asalariado para la comunidad y, con él, la idea de un tiempo libre bien merecido.

Cada vez me irrita más esa idea de que los trabajadores convencionales son víctimas explotadas o lerdos sin iniciativa ni imaginación. No se trata de que tenga algo en contra del espíritu emprendedor del individuo, pero ¿acaso el trabajo es —y con eso me refiero en específico al trabajo asalariado y a los pequeños negocios, ausentes de las visiones utópicas de la expansión ilimitada— una ocupación moribunda? ¿Acaso la *historia* del trabajo del hombre y la mujer comunes ya no tiene importancia para nosotros? ¿Y qué implicaciones tiene esa glorificación del tiempo libre y del espíritu empresarial para la emancipación de las mujeres y para la búsqueda de oportunidades igualitarias para ellas en el mercado laboral (por no hablar de la valoración del trabajo doméstico)?

Sin duda, esa irritación se relaciona con el intenso placer que obtengo del trabajo asalariado intelectual y con mi crianza inmersa en una ética la-

boral de posguerra; según parece, el espíritu liberador de 1968 me tocó menos de lo que pensaba. Mi encuentro con el trabajo y su historia, informado en particular por mi contacto con la India desde mediados de la década de 1990, sólo ha fortalecido mi convicción de que ocupa un papel central en todas las vidas humanas en todos los continentes.

A diferencia de las utopías proclamadas por la derecha y la izquierda, la realidad cotidiana para la mayoría de la población mundial sigue consistiendo en trabajar entre cinco y seis días a la semana, por lo general haciendo trabajo doméstico y asalariado. Y no espero que eso cambie pronto. El trabajo no sólo es necesario para todos nosotros, sino que, en su conjunto, también nos satisface. Experimentamos satisfacción por nuestros logros. El trabajo cumple nuestra necesidad básica de compañía, tanto dentro como fuera del hogar. No es una maldición del Antiguo Testamento: un mal necesario que debe evitarse a toda costa; el trabajo determina nuestras vidas y nuestros contactos sociales, tanto de modo positivo como negativo. El paraíso no está ni delante ni detrás de nosotros.

Nunca he entendido por qué un tipo de trabajo se recompensa de modo tan diferente que otro. Por ejemplo, ¿por qué le pagan a un maestro de escuela (como mi padre) la mitad o incluso menos que a un profesor universitario (como yo)? ¿Por qué un(a) enfermero(a) (como mi madre) recibe un pago menor que el doctor que está junto? Todos están ocupados enseñando a los mismos jóvenes o ayudando a los mismos pacientes, exactamente con el mismo compromiso y el mismo esfuerzo. Con la meta de mitigar ese desequilibrio, al interior del hogar juntamos los ingresos, y en la sociedad amplia implementamos medidas fiscales para nivelarlos. Sin embargo, eso no responde la pregunta inicial, ni elimina la injusticia primigenia: la disparidad de recompensas por el mismo esfuerzo y el mismo compromiso.

La irritación puede ser un buen punto de partida para plantear ese problema, pero no se acerca a ser razón suficiente para escribir un libro; tampoco lo es mi curiosidad personal en torno a las experiencias laborales en todo el mundo y a largo plazo, en vez de sólo en la historia contemporánea de Occidente, como pueden encontrarse en la mayoría de los resúmenes hechos hasta ahora. Entonces ¿por qué es necesario este libro ahora?

Siento que necesitamos hacer justicia a las experiencias de tantos trabajadores como sea posible, tanto en el pasado como en el presente, sin importar sus antecedentes culturales, étnicos ni sociales, porque sólo un enfoque de ese tipo puede unirnos en la empatía. Reconocer todo el bien y todo el mal que han venido del trabajo —y que pueden venir de él— es crucial para hacer cambios que protejan y mejoren la vida de los trabajadores en el futuro de nuestro mundo cada vez más pequeño. Después de todo, el trabajo es una actividad que ocupa cuando menos un tercio del tiempo de la población mundial en la tierra; por consiguiente, debe entenderse y apreciarse en el contexto más amplio posible. Esto también puede ayudar a mitigar la sensación que

tantas personas tienen de que al trabajar de nueve a cinco han fracasado de algún modo, de que no han alcanzado —ni alcanzarán— la utopía. Si este resumen global de las más importantes experiencias humanas del trabajo y su organización en un contexto social (el hogar, la tribu o la comunidad, la ciudad, el Estado) consigue llegar a los lectores, entonces me sentiré verdaderamente satisfecho; pero, por supuesto, soy consciente que sólo entonces puede comenzar la verdadera reflexión en torno a esas experiencias humanas.

En términos intelectuales, la presente obra es un ejercicio en la historia del trabajo, pero uno que va mucho más allá de los límites que, hasta fechas recientes, esa especialidad se había autoimpuesto al concentrarse en la historia del obrero varón en las fábricas de las partes más desarrolladas del mundo. En los últimos 25 años, los historiadores del trabajo han empezado a plantear preguntas que llegan mucho más allá en el tiempo y el espacio. El Instituto Internacional de Historia Social (IISH [IISG]) en Ámsterdam ha desempeñado un papel no poco importante en eso y me siento afortunado de que mis ideas hayan podido desarrollarse en ese ambiente.

Un libro como el actual recibe inspiración desde muchos frentes: de la ética laboral que modelaron mis padres —mucho más de lo que me doy cuenta— y de mis propias experiencias laborales y las de aquellos a quienes amo. En las últimas décadas, mi pensamiento sobre este punto se ha visto estimulado e informado sin duda por mis colegas, en especial en el IISH (IISG) (por nombrar sólo a unos cuantos: Marcel van der Linden, Lex Heerma van Voss, Gijs Kessler y Karin Hofmeester), pero también en otras partes. Espero que quienes no fueron mencionados me perdonen y hallen consuelo en las referencias a su trabajo. Además, varios colegas fueron lo suficientemente amables para proporcionarme comentarios detallados y con frecuencia entusiastas sobre versiones previas; entre ellos se cuentan Wil Roebroeks (Universidad de Leiden, en especial al capítulo I) y Bert van der Spek (Universidad Libre de Ámsterdam, en especial a los capítulos III y IV). Por último, pero no por ello menos importantes: me siento profundamente agradecido con Jaap Kloosterman, Leo Lucassen y Matthias van Rossum del IISH (IISG); con mi amigo de toda la vida Rinus Penninx; con varios reseñistas anónimos, por su lectura crítica de todo el manuscrito en proceso, y con Prita Trehan por sus valiosos comentarios y Francis Spufford por su aliento. Toda esa ayuda y esa inspiración no me liberan, por supuesto, de la responsabilidad definitiva de este libro. Me siento sumamente agradecido con Julian Loose por su confianza y su apoyo entusiasta; con sus colegas en Yale University Press (Rachael Leonsdale, Katie Urquhart y Rachel Bridgewater); con Anna Yeadell-Moore por su traducción y su edición, excelentes y creativas; con Marien van der Heijden (IISH [IISG]) por sus consejos en torno a las ilustraciones de las colecciones del Instituto; con Marie-José Spreeuwenberg (IISH [IISG]) y, sin duda, con Aad Blok (IISH [IISG]) por su entusiasmo y su ayuda en las últimas etapas de la producción de este libro. Por último, con mi pareja Lieske Vorst, quien

fue testigo de la concepción y el crecimiento de esta obra desde su inicio y hasta el final.

Les dedico esta obra a las personas del IISH (IISG) y a las siguientes generaciones: Maria, Mathies, Geertje y sus parejas, todos ellos trabajadores dedicados; a Joaquin, quien ya es un repartidor de pizzas consumado, y a Caecilia, Joris y Lotte, quienes aún no comienzan sus vidas laborales.

Gouda, 15 de diciembre de 2020

## UNA NOTA SOBRE HISTORIAS, MÉTODOS Y TEORÍAS DEL TRABAJO

La historia del trabajo puede bien no consistir en un desarrollo directo del pasado al presente, pero ¿acaso la alternativa es una diversidad asistemática? ¿O acaso hay una lógica interna (si bien compleja) en esa narración? Los grandes nombres de las ciencias sociales pensaban que así era. Adam Smith, Carlos Marx y Max Weber anticiparon un tipo de motor que impulsaba los cambios en las relaciones laborales, sin importar cuán diferentes fueran sus ideas en torno a su combustible, su cilindrada y, en particular, su economía.

Aquello que esos pensadores comparten es la fuerza decisiva que atribuyeron al mercado, desde el momento en que arrancó a toda velocidad en Europa Occidental, y en especial en la República de los Países Bajos, a inicios del periodo moderno.<sup>1</sup> Para Smith, los efectos del mercado eran, en última instancia, creativos; para Marx eran devastadores. Max Weber consideraba que un “espíritu capitalista” —es decir, una cierta actitud concentrada en generar ganancias— era una condición necesaria para el éxito de la economía de mercado. Este último no estuvo presente entre, por ejemplo, las élites terratenientes de la Antigüedad griega y romana. Por esa razón, Weber —y, siguiendo sus pasos, Karl Polanyi y Moses Finley— consideraba que esas sociedades antiguas pertenecían a un orden fundamentalmente distinto al que apareció gradualmente en Europa después de 1500.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Cf. Piet Lourens y Jan Lucassen, “Marx als Historiker der niederländischen Republik”, en Marcel van der Linden (coord.), *Die Rezeption der Marxschen Theorie in den Niederlanden*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1992, pp. 430-454.

<sup>2</sup> Max Weber, “Agrarverhältnisse im Altertum”, en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Gustav Fischer, Jena, 1909, pp. 55-73, 181-182. Un potente resumen de esa discusión aparece en Josef Ehmer y Catharina Lis (coords.), *The Idea of Work in Europe from Antiquity to Modern Times*, Ashgate, Farnham, 2009, pp. 9-10; Catharina Lis, “Perceptions of Work in Classical Antiquity. A Polyphonic Heritage”, en Josef Ehmer y Catharina Lis (coords.), *The Idea of Work... op. cit.*, p. 57; y Catharina Lis y Hugo Soly, *Worthy Efforts. Attitudes to Work and Workers in Pre-Industrial Europe*, Brill, Leiden/Boston, 2012 (sobre ese influyente libro, *vid.* el debate en *TSEG*, núm. 11, 2014, pp. 55-174); *cf.* para la Antigüedad clásica: William T. Loomis, *Wages, Welfare Costs and Inflation in Classical Athens*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998; R. J. van der Spek, “Palace, Temple and Market in Seleucid Babylonia”, en V. Chankowski y F. Duyrat (coords.), *Le Roi et l'économie. Autonomies locales et structures royales dans l'économie de l'empire séleucide. Topoi, Orient-Occident*, suplemento 6, 2004, pp. 303-332; Léopold Migeotte, *The Economy of the Greek Cities. From the Archaic Period to the Early Roman Empire*, University of California Press, Berkeley, 2009, pp. 2-3, 173-178; Sitta von Reden, *Money in Classical Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 8-11; Gary M. Feinman y Christopher P. Garraty, “Preindustrial Markets and Marketing. Archaeological Perspectives”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 39,

De acuerdo con los filósofos antes mencionados y con sus seguidores (como el marxista influido por Weber, Karl Wittfogel<sup>3</sup>), existieron formas “más primitivas” de sociedad antes del desarrollo de los mercados para mercancías, capital y trabajo. Se refirieron a eso como feudalismo, esclavitud o despotismo asiático y, al hacerlo, participaron de un prejuicio que databa de la Antigüedad clásica. De acuerdo con autores como Herodoto, los griegos tenían un deseo innato de libertad, mientras que su némesis persa estaba condenada a una sociedad jerárquica caracterizada por el trabajo no libre. De modo natural, esto condujo en Occidente —a través del “feudalismo”— al “capitalismo” y, para algunos, llevaba de manera inevitable hacia el “socialismo”. El resto del mundo seguiría el mismo camino, aunque mucho más tarde y a un ritmo acelerado.<sup>4</sup>

Ese concepto de los sucesos a largo plazo en la historia mundial ha prevalecido por mucho tiempo y en cierto sentido es así porque lo han compartido —y lo siguen compartiendo— pensadores liberales y marxistas. En la primera mitad del siglo xx, Aleksandr Chayánov y Karl Polanyi hicieron intentos teóricamente interesantes, pero, en última instancia, empíricamente poco convincentes por idear alternativas;<sup>5</sup> principalmente son poco convincentes porque,

---

2010, pp. 167-191; W. V. Harris, *Rome's Imperial Economy. Twelve Essays*, Oxford University Press, Oxford, 2011, esp. cap. xii; Jean Andreau y Raymond Descat, *The Slave in Greece and Rome*, University of Wisconsin Press, Madison, 2011, pp. 91-94; Peter Temin, *The Roman Market Economy*, Princeton University Press, Princeton/Oxford, 2012; Jonathan M. Hall, *A History of the Archaic Greek World ca. 1200-479 BCE*, 2a. ed., Wiley Blackwell, Chichester, 2014; Arjan Zuiderhoek, “Introduction. Land and Natural Resources in the Roman World in Historiographical and Theoretical Perspective”, en Paul Erdkamp, Koen Verboven y Arjan Zuiderhoek (coords.), *Ownership and Exploitation of Land and Natural Resources in the Roman World*, Oxford University Press, Oxford, 2015, pp. 1-17; Paul Erdkamp, “Agriculture, Division of Labour, and the Paths to Economic Growth”, en Paul Erdkamp, Koen Verboven y Arjan Zuiderhoek (coords.), *Ownership and Exploitation... op. cit.*, pp. 18-39; Alessandro Launaro, “The Nature of the Village Economy”, en Paul Erdkamp, Koen Verboven y Arjan Zuiderhoek (coords.), *Ownership... op. cit.*, pp. 173-206; Jan Lucassen, “Deep Monetization. The Case of the Netherlands 1200-1940”, *TSEG*, vol. 11, 2014, pp. 73-121; Jan Lucassen, “Deep Monetization, Commercialization and Proletarianization. Possible Links, India 1200-1900”, en Sabyasachi Bhattacharya (coord.), *Towards a New History of Work*, Tulika, Nueva Delhi, 2014, pp. 17-55; Jan Lucassen, “Workers. New Developments in Labor History since the 1980s”, en Ulbe Bosma y Karin Hofmeester (coords.), *The Lifework of a Labor Historian: Essays in Honor of Marcel van der Linden*, Brill, Leiden/Boston, 2018, pp. 22-46; y Jan Lucassen, “Wage Labour”, en Karin Hofmeester y Marcel van der Linden (coords.), *Handbook of the Global History of Work*, De Gruyter, Berlín/Boston, 2018, pp. 395-409.

<sup>3</sup> Marcel van der Linden, “Het westers marxisme en de Sovjetunie. Hoofddlijnen van structurele maatschappijkritiek (1917-1985)”, tesis doctoral, Universiteit van Amsterdam, 1989, cap. viii.

<sup>4</sup> Para el maravilloso pedigrí intelectual de esas fases del desarrollo desde Marx, *vid. ibid.*, pp. 235-260.

<sup>5</sup> A. V. Chayánov, *On the Theory of Peasant Economy*, ed. Daniel Thorner, Basile Kerblay y R. E. F. Smith, The American Economic Association, Homewood, 1966 (*cf.* Tracy K. Dennison, *The Institutional Framework of Russian Serfdom*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 12-17); Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Farrar & Rinehart, Nueva York/Toronto, 1944, esp. 43-44 [*La gran transformación*, 3a. ed., trad. Graciela Chailloux Laffita, rev. de la trad.

en su fervor, solían exagerar en serio la importancia de la autosuficiencia y del comportamiento orientado contra el mercado de la población mundial desde la Revolución neolítica. Chayánov lo hizo con base en extensas estadísticas sobre los campesinos rusos entre 1880 y 1920; Polanyi y su escuela mediante la inclusión de muchos casos más —desde Mesopotamia hasta Dahomey—, pero con una profundidad considerablemente menor que la de Chayánov.<sup>6</sup>

Volveré a estas dos interpretaciones influyentes con mayor detalle más adelante en el libro. Por el momento, el lector debería saber que no he optado por ninguna de ellas, ni es mi plan idear una gran alternativa. Mi estudio de la historia global del trabajo me ha enseñado, antes que nada, que estos esquemas tradicionales están sujetos constantemente a sufrir cambios y alteraciones incontables. También es demasiado pronto, según creo, para formular cuál es exactamente la lógica interna de esta narración.

¿Por qué resulta tan difícil? ¿Por qué no recorrer el camino andado?<sup>7</sup> En vista de la reciente globalización de la historiografía, lo que estos esquemas de interpretación tienen en común es su limitada base empírica y, por consiguiente, su prejuicio. Toman como punto de partida el curso de los acontecimientos que ocurrieron en torno al Mediterráneo desde la Antigüedad clásica, los siguen principalmente o de modo exclusivo en Europa Occidental y —de modo crucial— intentan hacer que el resto de la historia mundial encaje en esa representación. El resultado final es una caracterización del mundo actual, dominado por el Atlántico Norte, como “moderno” y/o “capitalista”.

Nadie confrontó más ese eurocentrismo en la historia mundial que el historiador francés Fernand Braudel. Él nos obligó a reconocer que el capitalismo comenzó siglos antes de la Revolución industrial, no sólo en Europa sino también en Asia. Siguiendo sus pasos, el historiador neerlandés Bas van Bavel recientemente desplazó las fronteras incluso más allá, al Irak del Medio. Van Bavel distinguió un ciclo recurrente, de siglos de duración, no sólo en Mesopotamia sino también en el norte de la Italia renacentista, en la República de los Países Bajos y, más tarde, en el Reino Unido y en los Estados

---

Fausto José Trejo, Fondo de Cultura Económica, México, 2017] (cf. Beate Wagner-Hasel, “Egoistic Exchange and Altruistic Gift”, en Gadi Algazi, Valentin Groebner y Bernhard Jussen (coords.), *Negotiating the Gift. Pre-Modern Figurations of Exchange*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 2003, pp. 148-149).

<sup>6</sup> De modo conciso en Karl Polanyi, *The Great...*, *op. cit.*, pp. 43-44, en parte como una crítica de Adam Smith. Para los debates entre antropólogos y arqueólogos: Bill Maurer, “The Anthropology of Money”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 35, 2006, pp. 15-36; Gary M. Feinman y Christopher P. Garraty, “Preindustrial Markets...”, *op. cit.*; Gustav Peebles, “The Anthropology of Credit and Debt”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 39, 2010, pp. 225-240; Colin Haselgrove y Stefan Krmnecik, “The Archaeology of Money”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 41, 2012, pp. 235-250.

<sup>7</sup> Jan Lucassen, “Workers...”, *op. cit. Vid.* también W. V. Harris, *Rome's Imperial Economy...*, *op. cit.*, caps. I, XI y XII; Kenneth Lipartito, “Reassembling the Economic. New Departures in Historical Materialism”, *American Historical Review*, febrero de 2016, pp. 101-139.

Unidos: revueltas sociales-mercados dominantes y crecimiento-desigualdad-decline. Plantea que nuestra versión actual del capitalismo se encuentra en la fase de “declive” y que: “El capitalismo podría definirse por el dominio de los mercados en el intercambio y la distribución de tierras, trabajo y capital; ése es un primer elemento, con un ascenso visible del trabajo asalariado, que puede encontrarse al inicio de cada ciclo”.<sup>8</sup>

Ese pensamiento hace que el término “capitalismo” coincida cada vez más con el crecimiento y el florecimiento de mercados, y de modo un tanto vacilante algunos autores tienden ahora a igualar más o menos el capitalismo con la economía de mercado.<sup>9</sup> Otros participantes recientes en ese debate proponen que sus orígenes se encuentran: a inicios de la Edad Media (como Van Bavel); entre 1400 y 1800; ca. 1500 o 1600; entre 1600 y 1800; o en el periodo de industrialización de 1850-1920.<sup>10</sup> Mi conclusión es que si bien ese

<sup>8</sup> Bas van Bavel, *The Invisible Hand? How Market Economies Have Emerged and Declined since ad 500*, Oxford University Press, Oxford, 2016, pp. 272-273. Su enfoque se distancia de la reivindicación europea de originalidad del influyente Wallerstein, entre otros: *vid.* Gary M. Feinman y Christopher P. Garraty, “Preindustrial Markets...”, *op. cit.*, p. 176; Jan Lucassen, “Workers...”, *op. cit.*

<sup>9</sup> Branko Milanovic, *Capitalism, Alone. The Future of the System That Rules the World*, Belknap Press, Cambridge, 2019, pp. 2, 12 [*Capitalismo, nada más. El futuro del sistema que domina el mundo*, trad. Teófilo de Lozoya y Juan Rebassedá, Taurus, Madrid, 2020]; Christian G. de Vito, Juliane Schiel y Matthias van Rossum, “From Bondage to Precariousness? New Perspectives on Labor and Social History”, *Journal of Social History*, vol. 54, núm. 2, 2020, p. 6; *cf.* Larry Neal y Jeffrey G. Williamson (coords.), *The Cambridge History of Capitalism*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 2014 (quienes definen “capitalista” como “la interrelación respaldada por el gobierno de los derechos de propiedad privada, las relaciones contractuales y los mercados regidos por la oferta y la demanda”, *vid.* Michael Jursa, “Babylonia in the First Millennium BCE – Economic Growth in Times of Empire”, en Larry Neal y Jeffrey G. Williamson (coords.), *The Cambridge History...*, *op. cit.*, vol. 1, p. 27). Sobre la historia de las economías de mercado, R. J. van der Spek, Bas van Leeuwen y Jan Luiten van Zanden (coords.), *A History of Market Performance. From Ancient Babylonia to the Modern World*, Routledge, Londres/Nueva York, 2015. La primera economía de mercado hecha y derecha —malograda— podría haber existido en el siglo VI a. e. c. en el sur de Mesopotamia, que “en la *longue durée* [...] estableció las bases para la excepcional prosperidad económica de Irak en el periodo islámico temprano” (Michael Jursa, “Babylonia...”, *op. cit.*, p. 39), lo que se une con Bas van Bavel, *The Invisible Hand?*, *op. cit.*

<sup>10</sup> Respectivamente: Jürgen Kocka, “Capitalism and Its Critics. A Long-Term View”, en Ulbe Bosma y Karin Hofmeester (coords.), *The Lifework of a Labor Historian...*, *op. cit.*, pp. 71-89; Thomas Max Safley y Leonard N. Rosenband, “Introduction”, en Thomas Max Safley (coord.), *Labor before the Industrial Revolution. Work, Technology and Their Ecologies in an Age of Early Capitalism*, Routledge, Londres/Nueva York, 2019, pp. 1-19; Yuval Noah Harari, *Sapiens. A Brief History of Humankind*, Vintage, Londres, 2014 [*Sapiens: de hombres a dioses. Breve historia de la humanidad*, trad. Joandomènec Ros, Penguin Random House, México, 2022]; Sven Beckert, *Empire of Cotton. A Global History*, Knopf, Nueva York, 2015 [*El imperio del algodón. Una historia global*, trads. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2016] (“capitalismo de guerra”, 1600-1800/1850); Patrick Manning, *A History of Humanity. The Evolution of the Human System*, Cambridge University Press, Cambridge, 2020; William Lazonick, *Competitive Advantage on the Shop Floor*, Harvard University Press, Cambridge, 1990; Thomas Piketty, *Capital and Ideology*, Harvard University Press, Cambridge, 2019 [*Capital e ideología*, trad. Daniel Fuen-

concepto se usa de modo casi universal en la actualidad, no existe un consenso en torno a su contenido y, por consiguiente, a su datación. De igual manera, estamos siendo testigos del retroceso de las fronteras de la “modernidad”; es decir, algunos han definido la economía neerlandesa de 1500-1815 como “La primera economía moderna”.<sup>11</sup>

En pocas palabras, los conceptos centrales de capitalismo y modernidad actualmente están cambiando y, por consiguiente, han perdido su carácter preciso y su función analítica original: el establecimiento de una línea clara en la historia mundial.<sup>12</sup> Esto plantea un problema al escribir una historia a largo plazo como ésta.<sup>13</sup> Me recuerda a Albert Einstein, quien comentó en 1916: “Los conceptos que han resultado útiles para ordenar las cosas obtienen tan fácilmente autoridad sobre nosotros que olvidamos sus orígenes terrenales y los aceptamos como hechos inalterables”.<sup>14</sup> Por esa razón he evitado darles un lugar central en este libro a los términos “capitalismo” (y los relacionados “clase” y “lucha de clases”) y “moderno” (en oposición a “tradicional”).

No es que esté en contra de Marx,<sup>15</sup> de Weber ni de sus seguidores por razones ideológicas, sino que creo que esos términos se han contaminado a tal grado en las discusiones del último siglo o siglo y medio que en buena medida han perdido su poder analítico para la historia global del trabajo. Sin embargo, sí utilizo los términos que están detrás de ellos, en particular “mer-

---

tes, Grano de Sal, México, 2020]; Jelle Versieren y Bert de Munck, “The Commodity Form of Labor. Discursive and Cultural Traditions to Capitalism(s) and Labor in the Low Countries’ Ceramic Industries (1500-1900)”, en Thomas Max Safley (coord.), *Labor before the Industrial Revolution...*, *op. cit.*, pp. 70-95. Por supuesto, la mayoría de los autores son más sutiles de lo que aquí se sugiere. Cf. Jürgen Kocka y Marcel van der Linden (coords.), *Capitalism. The Reemergence of a Historical Concept*, Bloomsbury, Londres, 2016. La manera de resolver ese problema (siguiendo también una sugerencia de Patrick Manning, *A History of Humanity...*, *op. cit.*, p. 191) sería una proliferación de estudios económicos, como el ejemplar Hugo Soly, *Capital at Work in Antwerp’s Golden Age*, Brepols, Turnhout, 2021, sobre la influencia en concreto de “hacedores de dinero individuales” o “capital trabajando” en el comercio, las finanzas y la producción (en este caso en Amberes 1490-1565, que entonces era el centro económico del mundo occidental).

<sup>11</sup> Jan de Vries y Ad van der Woude, *The First Modern Economy. Success, Failure, and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

<sup>12</sup> Para una crítica excelente, *vid.* John T. Chalcraft, “Pluralizing Capital, Challenging Eurocentrism. Towards Post-Marxist Historiography”, *Radical History Review*, vol. 91, 2005, pp. 13-39. Un problema relacionado desempeña un papel en la discusión en torno a en qué medida China puede o debería llamarse “capitalista”. *Vid.*, por ejemplo, Steven Rosefielde y Jonathan Leightner, *China’s Market Communism. Challenges, Dilemmas, Solutions*, Routledge, Londres/Nueva York, 2018, esp. pp. 22, 58; Thomas Piketty, *Capital and Ideology*, *op. cit.*, pp. 606-636; Branko Milanovic, *Capitalism, Alone...*, *op. cit.*, pp. 87-91.

<sup>13</sup> Ciertamente, Yuval Noah Harari, *Sapiens...*, *op. cit.*; y Patrick Manning, *A History of Humanity...*, *op. cit.*, no parecieran enfrentarse a ese problema.

<sup>14</sup> *Apud* David M. Lewis, *Greek Slave Systems in Their Eastern Mediterranean Context*, c. 800-146 BC, Oxford University Press, Oxford, 2018, p. 99.

<sup>15</sup> Cf. Hannah Arendt, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago/Londres, 1958, p. 79 [*La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales, Paidós, Barcelona/México, 1974].

cado” (interno y externo), “relaciones laborales”, “desigualdad social”, “acción colectiva” e incluso términos con una carga moral abrumadora como “explotación”.

Haber decidido eso no significa que, en términos analíticos, tenga que empezar de cero. Desde mediados del siglo XIX, varios autores han escrito compendios sobre la historia del trabajo. Esas obras me han inspirado de modo satisfactorio, aun cuando en la actualidad la mayoría de ellas sean seriamente obsoletas. Casi sin excepción se concentran en Europa o en el Atlántico y la mayoría no recorren más que unos cuantos siglos (de modo muy ocasional la Antigüedad clásica de los griegos y los romanos).<sup>16</sup> Como dije en lo que concierne a Marx y a Weber, no se trata de un reclamo; simplemente refleja el desarrollo de la ciencia histórica (incluida la arqueología y, aún más, la prehistoria interdisciplinaria). Esto vuelve los logros de Karl Bücher —un gran pensador alemán al igual que Marx y Weber— mucho más notables. Hace ya más de un siglo la amplitud intelectual de Bücher (además de ser economista, fundó el periodismo como disciplina académica) era fundamental.<sup>17</sup> Entre los muchos académicos tempranos que me inspiraron se cuentan los influyentes Thorstein Veblen y Hannah Arendt, quienes pensaron con profundidad en torno al trabajo.<sup>18</sup>

En las últimas décadas se han realizado muchas investigaciones nuevas y de alta calidad, y con una extensión prudente en el tiempo y el espacio, lo

<sup>16</sup> Un linaje en Jan Lucassen, “Writing Global Labour History c. 1800-1940. A Historiography of Concepts, Periods and Geographical Scope”, en Jan Lucassen (coord.), *Global Labour History. A State of the Art*, Peter Lang, Berna, 2006, pp. 39-89; Arne Eggebrecht *et al.*, *Geschichte der Arbeit. Vom Alten Ägypten bis zur Gegenwart*, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 1980; Robert Castel, *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, Fayard, París, 1995 [*Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, trad. Jorge Piatigorski, Paidós, Buenos Aires/México, 1997].

<sup>17</sup> Karl Bücher, *Arbeit und Rhythmus*, 5a. ed., Reinecke, Leipzig, 1919 [*Trabajo y ritmo*, trad. J. Pérez Bance, Jorro, Madrid, 1914]. Sobre él, *vid.* Beate Wagner-Hasel, *Die Arbeit des Gelehrten. Der Nationalökonom Karl Bücher (1847-1930)*, Campus, Fráncfort, 2011; Gerd Spittler, “Beginnings of the Anthropology of Work. Nineteenth-Century Social Scientists and Their Influence on Ethnography”, en Jürgen Kocka (coord.), *Work in a Modern Society. The German Historical Experience in Comparative Perspective*, Berghahn, Nueva York, 2010, pp. 37-54; y las contribuciones incluidas en Jürgen H. Backhaus (coord.), *Karl Bücher. Theory-History-Anthropology-Non-Market Economies*, Metropolis, Marburgo, 2000. Los logros de Bücher, basados en sus extensas lecturas de bibliografía secundaria sobre la historia del trabajo en todo el mundo, disponibles en su época, son aún más notables si consideramos que las reseñas panorámicas más recientes se construyen a Europa (Occidental).

<sup>18</sup> Thorstein V. Veblen, *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts*, Augustus M. Kelly, Nueva York, 1914; *cf.* Hannah Arendt, *The Human Condition...*, *op. cit.* *Vid.* también Adriano Tilgher, *Work. What It Has Meant to Men through the Ages*, Arno Press, Nueva York, 1977 [1930]; Marie Jahoda, *Employment and Unemployment. A Social-Psychological Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982 [*Empleo y desempleo. Un análisis sociopsicológico*, trad. José Luis Álvaro y María Corniero, Morata, Madrid, 1987]; y John W. Budd, *The Thought of Work*, Cornell University Press, Ithaca/Londres, 2011.

que ha hecho posible forjar un nuevo camino.<sup>19</sup> Según lo veo, todas esas investigaciones han dado cuatro resultados clave para nuestra visión del desarrollo de las relaciones laborales.<sup>20</sup> En primer lugar distingo dos alternativas importantes para las economías de mercado: relaciones recíprocas, dominantes entre los cazadores-recolectores, pero vivas aún en la actualidad dentro de los hogares de todas partes, y sociedades de redistribución tributaria. Asimismo, las economías de mercado han surgido no sólo en una ocasión sino varias veces en la historia y en diversos lugares del mundo, y en muchos casos

<sup>19</sup> Sobre el desarrollo de la historia del trabajo: Marcel van der Linden y Jan Lucassen, *Prolegomena for a Global Labour History*, IISH (IISG), Amsterdam, 1999; Lex Heerma van Voss y Marcel van der Linden (coords.), *Class and Other Identities. Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labour History*, Berghahn, Nueva York/Oxford, 2002; Jan Lucassen (coord.), *Global Labour History. A State of the Art*, Peter Lang, Berna, 2006, y Jan Lucassen, "Workers...", *op. cit.*; Marcel van der Linden, *Workers of the World. Towards a Global Labor History*, Brill, Leiden/Boston, 2008; Marcel van der Linden y Leo Lucassen (coords.), *Working on Labor. Essays in Honor of Jan Lucassen*, Brill, Leiden/Boston, 2012; Christian G. de Vito, "New Perspectives on Global Labor History. Introduction", *Global Labor History*, vol. 1, núm. 3, 2013, pp. 7-31; Karin Hofmeester y Marcel van der Linden (coords.), *Handbook of the Global History...*, *op. cit.*; Ulbe Bosma y Karin Hofmeester (coords.), *The Life Work of a Labor Historian...*, *op. cit.*; Andreas Eckert y Marcel van der Linden, "New Perspectives on Workers and the History of Work. Global Labor History", en Sven Beckert y Dominic Sachsenmaier (coords.), *Global History, Globally. Research and Practice around the World*, Bloomsbury, Londres, 2018, pp. 145-161; Christian G. de Vito, Juliane Schiel y Matthias van Rossum, "From Bondage to Precariousness?...", *op. cit.* Para mis esfuerzos previos y limitados por escribir una historia más general del trabajo, *vid.* Jan Lucassen, "In Search of Work", Research paper 39, IISH (IISG), Amsterdam, 2000 (sólo Europa), y Jan Lucassen, "Outlines of a History of Labour", Research paper 51, IISH (IISG), Amsterdam, 2013. En fechas recientes, se ha resumido mucha nueva evidencia arqueológica y antropológica especialmente sobre América del Norte (y reinterpretado de modo radical) por David Graeber y David Wengrow, *The Dawn of Everything. A New History of Humanity*, Allen Lane, Londres, 2021. Aunque tiene cierta relevancia para la historia del trabajo (en especial para los altibajos del trabajo no libre), no es posible procesarla adecuadamente en la edición en rústica de este libro. Sólo se incluirán referencias ocasionales relacionadas con otras sociedades que ellos analizan.

<sup>20</sup> Por mucho la más impresionante es Catharina Lis y Hugo Soly, *Worthy Efforts...*, *op. cit.* (desde la Antigüedad clásica), en la que me apoyo extensamente. A ella la siguen Andrea Komlosy, *Work. The Last 1,000 Years*, Verso, Londres/Nueva York, 2018 (a partir del siglo XIII); Deborah Simonton y Anne Montenach (coords.), *A Global History of Work*, 6 vols., Bloomington, Londres, 2019 (un volumen sobre la Antigüedad clásica, un volumen sobre la Edad Media, cuatro volúmenes sobre los periodos posteriores); y Paul Cockshott, *How the World Works. The Story of Human Labor from Prehistory to the Modern Day*, Monthly Review Press, Nueva York, 2019. Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History. The Architecture of Past and Present*, University of California Press, Berkeley, 2011, proporcionan argumentos para empezar en un periodo temprano de la historia, de igual manera que los africanistas Christopher Ehret, *The Civilizations of Africa. A History to 1800*, 2a. ed., University of Virginia Press, Charlottesville/Londres, 2016, y tanto James Suzman, *Affluence without Abundance. The Disappearing World of the Bushmen*, Bloomsbury, Londres, 2017, como James Suzman, *Work. A History of How We Spend Our Time*, Bloomsbury, Londres, 2020. Para una historia económica global: Tirthankar Roy y Giorgio Riello (coords.), *Global Economic History*, Bloomsbury Academic, Londres, 2019; para una historia global: Sven Beckert y Dominic Sachsenmaier (coords.), *Global History, Globally...*, *op. cit.*

también han vuelto a desaparecer. Por consiguiente, en las relaciones laborales encontramos cambios radicales relacionados en diversas ubicaciones. En segundo lugar, en ese contexto, el trabajo asalariado a gran escala, el trabajo esclavo y el autoempleo han surgido en múltiples ocasiones en la historia y, con frecuencia, han vuelto a disminuir o incluso se han desvanecido. En tercer lugar, el nivel de remuneración del trabajo asalariado no necesariamente coincide con el mínimo forzoso, sino que muestra fuertes variaciones y fluctuaciones. Por último, esas fluctuaciones salariales no son —o no son solamente— resultado de los caprichos de quienes ostentan el poder ni de las fuerzas ciegas del mercado, sino también de acciones individuales y colectivas por parte de los trabajadores asalariados mismos. Las opiniones en torno a una recompensa justa por el trabajo y en torno a la (des)igualdad social correspondiente desempeñan un papel crucial en esto.

\*

Un libro que cubra la extensión cronológica y geográfica del actual volumen tiene, *ipso facto*, una naturaleza comparativa. Debe acoger las ventajas del método comparativo, dando por sentado que los humanos, como seres que trabajan, demuestran ser lo suficientemente similares a lo largo del tiempo y el espacio —o dan prueba de contar con oportunidades lo suficientemente limitadas en el mismo sentido— para hacer posible seguir sus pistas en todo el mundo y desde el inicio mismo.

En términos teóricos, estoy de acuerdo con la descripción de otra disciplina académica —la antropología— que, en mi opinión, también funciona para el presente resumen histórico. Robert McC. Netting, famoso por su obra dedicada entre otras cosas a la ecología cultural, define su campo como

una ciencia social empírica de razón práctica, cimentada en una fe ilustrada en que existen regularidades en el comportamiento y las instituciones de los humanos que pueden entenderse como si cumplieran necesidades biológicas y psicológicas humanas en circunstancias particulares de geografía, demografía, tecnología e historia. Esas cosas en común pueden discernirse entre culturas en grupos separados por el tiempo y el espacio y muestran una espléndida variedad de valores culturales, religiones, sistemas de parentesco y estructuras políticas.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Robert McC. Netting, *Smallholders, Householders. Farm Families and the Ecology of Intensive, Sustainable Agriculture*, Stanford University Press, Stanford, 1993, p. 1; Olga F. Linares, "Robert McC. Netting", en *Biographical Memoirs*, vol. 71, The National Academies of Science, Engineering, Medicine, Washington, D. C., 1997; disponible en: <https://www.nap.edu/read/5737/chapter/10> (visitado el 27 de julio de 2020). Para un método comparable: Michael E. Smith (coord.), *The Comparative Archaeology of Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

*Empírico* significa también prestar atención exactamente a qué involucra el trabajo: descripciones de las prácticas cotidianas de hombres y mujeres, y en sus propias palabras, o ilustradas, cuando sea viable.<sup>22</sup>

De igual modo, es posible que algunos lectores echen en falta discusiones teóricas y debates historiográficos más elaborados. No me opongo a la creación de modelos en las ciencias históricas o sociales —este libro no podría haberse escrito sin ellos—; en cambio, prefiero presentar los resultados del balance que llevo a cabo de varias propuestas que se han planteado en la literatura de los dos últimos siglos. Aquellos que quieran saber más sobre mis decisiones finales pueden referirse a mis obras previas y, en particular, a las notas.<sup>23</sup>

Permítaseme hacer hincapié en este punto en que la historia global del trabajo es un campo sumamente dinámico, rebosante de progreso empírico, metodológico y teórico sin el que este libro habría sido imposible. Espero que ese progreso se mantenga. A pesar de la longitud de mi bibliografía y de mis esfuerzos por leer y resumir tanto como me fue posible, me percaté muy bien de cuán imperfectos han sido mis logros al realizar ese intento. Muchos especialistas podrán identificar omisiones. La literatura secundaria reciente es vasta... pero eso demuestra precisamente cuán vivo está este tema.

<sup>22</sup> Cf. Thomas Max Safley (coord.), *Labor before the Industrial Revolution...*, *op. cit.* Martine Segalen, *Love and Power in the Peasant Family. Rural France in the Nineteenth Century*, Chicago University Press, Chicago, 1983, y Keith Thomas, *The Ends of Life. Roads to Fulfilment in Early Modern England*, Oxford University Press, Oxford, 2009, proporcionan buenos ejemplos.

<sup>23</sup> Existen algunas excepciones importantes, no obstante: *vid.* mis aproximaciones concisas al valor analítico de los conceptos “capitalismo” y “moderno” (*supra*); los vínculos entre antropología, arqueología e historia (cap. i); las implicaciones de la Revolución neolítica para la desigualdad (cap. ii); la controversia entre “modernistas” y “primitivistas” (cap. iv); los vínculos entre monetización y relaciones laborales (cap. iv); el impacto de la Revolución industrial (cap. vi); y la extensión del trabajo no libre en los últimos siglos hasta nuestros días (cap. vi).



*La señora Na van Assendelft van Wijck-Meijer baña a su hijo en una tina enfrente de su casa, Lindenstraat, Ámsterdam, 1951.*

## INTRODUCCIÓN

En la actualidad, la mayoría de las personas de este planeta pasan más de la mitad de sus horas de vigilia trabajando, lo que incluye desplazarse entre el lugar de trabajo y el hogar; asimismo, mientras duermen se recuperan del agotamiento que su trabajo ocasiona. Visto de esa manera, la historia del trabajo es, en gran medida, la historia de la humanidad. Sin embargo, ¿exactamente qué significa trabajar?

El principal problema que plantean las innumerables definiciones de trabajo y labor consiste en su sesgo. Por lo general, hacen hincapié en algunas formas de trabajo mientras que dejan otras de lado. Por ejemplo, el trabajo de las mujeres suele ignorarse en comparación con el de los hombres, el trabajo fuera de los muros de la fábrica se compara con el que ocurre adentro de ellos, el trabajo intelectual se mide en relación con el manual, el trabajo en el hogar (cuando siquiera llega a reconocerse) se contrasta con el trabajo fuera de él (algo que se conoce también como la contradicción “reproductivo-productivo”).

Además, es en verdad complicado idear una definición de trabajo para un libro como éste, que tiene la ambición de cubrir toda la historia mundial. Un buen punto de partida es la definición amplia de trabajo que hicieron los sociólogos estadounidenses (y padre e hijo) Charles y Chris Tilly:<sup>1</sup>

El trabajo incluye cualquier esfuerzo humano que añada valor de uso a bienes y servicios. Sin importar cuánto gocen o desprecien ese esfuerzo quienes lo lleven a cabo, la conversación, el canto, la decoración, la pornografía, poner la mesa, la jardinería, la limpieza del hogar y la reparación de juguetes rotos involucran trabajo en la medida en que incrementan las satisfacciones que sus consumidores obtienen de ellos. Antes del siglo xx, la gran mayoría de los trabajadores del mundo llevaban a cabo la mayor parte de su trabajo en contextos diferentes a los de los trabajos asalariados como los conocemos en la actualidad. Incluso en nuestros días, en todo el mundo la mayor parte del trabajo ocurre fuera de em-

<sup>1</sup> Ellos se limitan al periodo de capitalismo a partir de la Edad Media (tardía) (cf. Charles Tilly, *As Sociology Meets History*, Academic Press, Nueva York, 1981, caps. vii-ix; Marcel van der Linden, “Charles Tilly’s Historical Sociology”, *IRSH*, vol. 54, 2009, pp. 237-274). Ejemplos tempranos de un intento considerado de definir el trabajo y la labor: W. Stanley Jevons, *The Theory of Political Economy*, Macmillan, Londres, 1879, pp. 181-227 [*La teoría de la economía política*, trad. Juan Pérez-Campanero, Pirámide, Madrid, 1998]; W. Stanley Jevons, *The Principles of Economics. A Fragment of a Treatise on the Industrial Mechanisms of Society and Other Papers*, Macmillan, Londres, 1905, pp. 71-119.

pleos regulares. Sólo un prejuicio engendrado por el capitalismo occidental y sus mercados laborales industriales se concentra en un esfuerzo extenuante realizado a cambio de un pago en dinero fuera del hogar como “trabajo real”, relegando así otros esfuerzos a la diversión, el crimen o las simples labores domésticas.<sup>2</sup>

El gran mérito de esta definición es que, de modo explícito, no se limita a las actividades de mercado. Vale la pena reiterar la atención que los Tilly ponen en las labores del hogar como trabajo real: “A pesar del éxito de la comida para llevar, la comida rápida y de comer en restaurantes, la preparación no pagada de alimentos probablemente constituye el bloque más grande de tiempo entre todos los tipos de trabajo, pagados o no, que en la actualidad realizan los estadounidenses”. Si lo anterior es cierto para el lugar donde nacieron la Big Mac y Kentucky Fried Chicken, entonces podemos aplicar sin riesgos esa observación al resto del mundo y a toda la historia humana.<sup>3</sup>

El problema con esas definiciones universales es que nunca queda del todo claro qué empresas humanas *no pueden* definirse como trabajo. Los Tilly excluyen explícitamente de su definición tres tipos de actividades: “pura-

<sup>2</sup> Chris Tilly y Charles Tilly, *Work under Capitalism*, Westview Press, Boulder, 1998, pp. 22-23. Su definición encaja bien con la que utiliza la OIT; cf. Marcel van der Linden y Jan Lucassen, *Prolegomena for a Global Labour History*, IISH (IISG), Ámsterdam, 1999, pp. 8-9; para problemas con las definiciones y la diferencia entre trabajo y labor, *vid.* también Werner Conze, “Arbeit”, en Otto Brunner *et al.* (coords.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Klett-Cotta, Stuttgart, 1972, pp. 154-215; Marshall Sahlins, *Stone Age Economics*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1972, p. 81 [*Economía de la edad de piedra*, trads. Emilio Muñiz y Erna Rosa Fondevila, Akal, Madrid, 2010]; Marie Jahoda, *Employment and Unemployment. A Social-Psychological Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, cap. II [*Empleo y desempleo. Un análisis sociopsicológico*, trad. José Luis Álvaro y María Corniero, Morata, Madrid, 1987]; Steven L. Kaplan y Cynthia Koepp (coords.), *Work in France. Representations, Meaning, Organization, and Practice*, Cornell University Press, Ithaca, 1986; R. E. Pahl (coord.), *On Work. Historical, Comparative and Theoretical Approaches*, Basil Blackwell, Oxford, 1988; Herbert Applebaum, *The Concept of Work. Ancient, Medieval and Modern*, SUNY Press, Albany, 1992; Keith Thomas (coord.), *The Oxford Book of Work*, Oxford University Press, Oxford, 1999; Jürgen Kocka y Claus Offe (coords.), *Geschichte und Zukunft der Arbeit*, Campus, Fráncfort/Nueva York, 2000; David J. McCreery, *The Sweat of Their Brow. A History of Work in Latin America*, Sharpe, Nueva York/Londres, 2000, pp. 3-4; Joseph Ehmer, Helga Grebing y Peter Gutschner (coords.), “Arbeit”. *Geschichte – Gegenwart – Zukunft*, Universitätsverlag, Leipzig, 2002; Kathi Weeks, *The Problem with Work. Feminism, Marxism, Antiwork Politics, and Postwork Imaginaries*, Duke University Press, Durham/Londres, 2011 [*El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*, trad. Álvaro Briales Canseco, Traficantes de Sueños, Madrid, 2020]; John W. Budd, *The Thought of Work*, Cornell University Press, Ithaca/Londres, 2011; David Graeber, *Bullshit Jobs. A Theory*, Penguin, Londres, 2019 [*Bullshit jobs. ¿Qué sentido tiene tu trabajo para la sociedad?*, trad. Iván Barbeitos García, Ariel, México, 2020].

<sup>3</sup> Cf. Marcel van der Linden, “The Origins, Spread and Normalization of Free Labour”, en Tom Brass y Marcel van der Linden (coords.), *Free and Unfree Labour. The Debate Continues*, Peter Lang, Berna, 1997, p. 519.

mente destructivas, expresivas y actos consuntivos”.<sup>4</sup> Consideran la labor puramente destructiva como antitrabajo, pues no *añade* valor de uso, sino que *priva* a las mercancías de valor. Esto parecería excluir a muchas o a todas las actividades de, pongamos por caso, la soldadesca, debido a los aspectos innegablemente destructivos de esa profesión; sin embargo, la destreza militar es trabajo, no sólo porque en la práctica la vida cotidiana en las barracas es no destructiva, sino también porque la intención de una buena parte de la destrucción consciente —si no es que de toda— consiste en añadir valor a otras mercancías y servicios.<sup>5</sup> Al excluir la expresión pura y el consumo, los Tilly excluyen esas actividades que, en principio, no tienen valor de uso para nadie además del productor. Su razonamiento es sólido. Incluso la definición más amplia de valor de uso no incluye, por ejemplo, “el levantamiento de pesas solitario que se lleva a cabo solamente en busca de gratificación personal”; esto contrasta con el “levantamiento de pesas para el placer de los fanáticos del deporte”. Al añadir el criterio social, sólo un puñado de actividades quedan fuera de la definición de los Tilly: comer, beber y dormir (a las que llaman de modo colectivo “recuperación”) como un medio para que cada persona —y por consiguiente cada productor— sostenga su mecanismo. Yo considero trabajo todas las empresas humanas aparte del tiempo libre y el ocio.

Una breve nota en torno al ocio.<sup>6</sup> Una serie de estudios realizados a mediados del siglo XIX hallaron que el trabajo o las actividades directamente relacionadas con el trabajo representaban entre 25 y 30% del tiempo de los hombres (en trabajo asalariado y desplazamiento), 40% del tiempo de las amas de casa y 50% del tiempo de las madres con un trabajo remunerado, mientras que el sueño equivalía a un tercio y la alimentación y el cuidado personal a una décima parte del tiempo de todos los individuos. Por consiguiente, las horas que quedaban para el tiempo libre variaban de entre 30% para los trabajadores asalariados (en su mayoría hombres) a aproximadamente 15% para las amas de casa y a un poco más de 5% para las madres con un trabajo remunerado.<sup>7</sup> Sin embargo, incluso ese tiempo no era necesariamente libre. Los estudios hallaron que tanto los hombres como las mujeres pasaban la

<sup>4</sup> Chris Tilly y Charles Tilly, *Work under Capitalism*, *op. cit.*, pp. 23-24; para una opinión diferente sobre *utilizable*, *vid.* Herbert Applebaum, *The Concept of Work...*, *op. cit.*; John W. Budd, *The Thought of Work*, *op. cit.*; cf. Robert C. Ulin, “Work as Cultural Production. Labour and Self-Identity among Southwest French Wine-Growers”, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, nueva serie, vol. 8, 2002, pp. 691-702.

<sup>5</sup> Erik-Jan Zürcher (coord.), *Fighting for a Living. A Comparative History of Military Labour 1500-2000*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 2013.

<sup>6</sup> Se pueden buscar en vano en el extenso registro de Chris Tilly y Charles Tilly, *Work under Capitalism*, *op. cit.*, conceptos como ocio, vacaciones, fin de semana o jubilación.

<sup>7</sup> Una imagen global se basa en los llamados estudios de presupuestos de tiempo, que representan la cantidad de tiempo que los individuos (animales o humanos) asignan a actividades mutuamente excluyentes; Nels Anderson, *Work and Leisure*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1961, pp. 102-107.

mayoría de su tiempo libre inmersos en obligaciones sociales (pertenencia a algún club, voluntariado, realizando visitas), las cuales, si bien son disfrutables, *se consideran* obligaciones. De modo interesante, algunas investigaciones realizadas entre indígenas ecuatorianos revelan diferencias con respecto a las ideas europeas en torno a las obligaciones y el ocio:

Trabajan de modo constante cuando es necesario, pero no al ritmo occidental [...] Todo su tiempo se usa si no en el trabajo, entonces en otras “actividades estructuradas”. Sin embargo, en su tiempo no dedicado al trabajo [...] suelen gozar de la bebida y la hilaridad. El indio trabaja y ahorra como si las bodas, los bautizos, los cumpleaños y las fiestas fueran la razón principal de vivir [...] No consideran esa diversión con las mismas actitudes que los occidentales tienen hacia el ocio.<sup>8</sup>

El sociólogo estadounidense Nels Anderson creía que, incluso en el mundo industrializado, “las obligaciones no laborales” se distinguen del ocio: “Es al llevar a cabo esas obligaciones que uno obtiene su estatus como un buen cónyuge, un buen padre, un buen vecino, un buen ciudadano, un buen amigo, etc., todos ellos papeles en los que debe ganarse el estatus, y el esfuerzo puede ser sumamente satisfactorio. El esfuerzo puede ser tan satisfactorio como una actividad de ocio”.<sup>9</sup> Así, aunque los Tilly probablemente habrían colocado esos tipos de obligaciones sociales bajo la definición de trabajo, yo no llego tan lejos. Sin duda aquí no nos referimos a tiempo que pueda llenarse a voluntad. Durante la mayor parte de la historia, el tiempo libre estaba conformado por juego y diversión breves y, para los pocos afortunados, por viajes de placer (el llamado *Grand Tour*), vacaciones y pasatiempos; es decir, actividades que se llevan a cabo puramente por placer y con un costo personal.<sup>10</sup> El hombre o la mujer comunes en Occidente sólo llegaron a experimentar esas cosas en el siglo xx. Hasta nuestros días, ese tipo de actividades nunca —o rara vez— son una posibilidad para grandes partes de la población mundial.

Tenemos opiniones fuertes sobre el papel que el trabajo desempeña en nuestras vidas: ya sea una preferencia por el autoempleo o el trabajo asalariado, nuestras ideas en torno al trabajo típicamente masculino o femenino o lo que creemos que es una remuneración justa por las tareas que desempeñamos. Esas opiniones se han desarrollado a lo largo del tiempo, con base en nuestras experiencias laborales colectivas, y, en última instancia, se originan desde el inicio de nuestra existencia como seres humanos.

No sólo definimos el trabajo de acuerdo con nuestros esfuerzos individuales —el dolor de nuestras espaldas, el sudor de nuestras frentes o nuestra

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 42-49; cf. Keith Thomas (coord.), *The Oxford Book...*, *op. cit.*, pp. 256-257.

fatiga mental—, sino también de acuerdo con aquellos con los que trabajamos o para quienes lo hacemos o incluso a pesar de quienes lo hacemos. Las personas no son islas solitarias: incluso Robinson Crusoe halló a su Viernes (y rápidamente lo puso a trabajar como su sirviente). Las relaciones humanas son centrales para el trabajo y recibirán un énfasis importante en este libro. Al observar la historia prolongada y global del trabajo, podemos ver patrones recurrentes en la forma en que los principios del trabajo se han arraigado en nuestras interacciones sociales íntimas, las maneras en que gozamos o gastamos los frutos de nuestra labor y lo que el trabajo significa y ha significado para nosotros. ¿Estamos obligados a trabajar para alguien más o tenemos opciones? ¿Cuál es la recompensa por nuestra labor y quién la determina? ¿Podemos soportar las brechas salariales? ¿Trabajamos juntos dentro de un hogar o con otros fuera de él? ¿Quién nos va a cuidar cuando ya no podemos trabajar? Son muchas las maneras en que el trabajo nos define en términos sociales. Por consiguiente, la búsqueda de una compensación justa (a través de estrategias privadas o colectivas) es inherente al carácter social del trabajo.

Desde la prehistoria y hasta nuestros días, se han ideado varias soluciones para organizar el trabajo. Hasta hace unos 12 mil años —es decir, durante 98% de la historia de la humanidad y hasta la “invención” de la agricultura— el trabajo estuvo dividido entre pequeñas comunidades conformadas sólo por unos cuantos hogares. En cercana cooperación mutua, recolectaban sus alimentos y compartían los frutos de su labor entre ellos con base en la *reciprocidad*. Podemos llamar internas a estas relaciones laborales recíprocas<sup>11</sup> entre miembros de unos cuantos hogares que colaboraban en bandas de cazadores-recolectores... en oposición a relaciones laborales externas posteriores fuera del hogar o de bandas de hogares.

Los excedentes de alimentos en las sociedades agrarias posibilitaron la división a gran escala del trabajo, lo que resultó, después de miles de años, en las primeras ciudades con una división especializada del trabajo y, en última instancia, hace cinco mil años, en los primeros Estados. En esas sociedades más complejas, conformadas por cientos o miles de hogares, surgieron otras relaciones laborales externas junto a las relaciones laborales recíprocas. Éstas pueden desglosarse en *autoempleo* y *trabajo tributario*; complementados después, tras el surgimiento de los mercados, con el *trabajo asalariado libre*, la *esclavitud* y los *empleadores*. A partir de ese momento, la historia humana puede ver-

<sup>11</sup> Sobre el concepto fundamental de “relaciones laborales” según se usa en este libro: Karin Hofmeester *et al.*, “The Global Collaboratory on the History of Labour Relations, 1500-2000. Background, Set-Up, Taxonomy, and Applications”, IISH Dataverse, V1, 26 de octubre de 2015; disponible en <http://hdl.handle.net/10622/4OGRAD>. Éste es mucho más abarcador que los principalmente modernos estudios sobre “relaciones industriales” norteamericanos y su hincapié en relaciones (de negociaciones colectivas) entre la gerencia y trabajadores sindicalizados, *vid.* John W. Budd, *The Thought of Work, op. cit.*, pp. 1-2.

se en esencia como una mezcla ecléctica de un puñado de diferentes relaciones laborales que existieron posteriormente, en conjunto y en competencia entre sí.

Nos hemos vuelto mucho más conscientes de esa mezcla ecléctica a partir de la caída de la Unión Soviética, cuando la alternativa del socialismo de Estado o el comunismo de mando en Europa del Este se declaró en bancarrota; cuando también —y no de modo casual— se presentó al mismo tiempo una intensa globalización. China, África y la América precolombina tienen historias fascinantes del trabajo propias. Tomadas en conjunto, esas historias indican mucho más que una línea simple y constante de desarrollo que va de los cazadores-recolectores a los esclavos de la Antigüedad, a los siervos de la Edad Media, los granjeros y artesanos llevados a las fábricas, pasando por un desvío al comunismo (o no), y más de 100 millones de trabajadores en campos de concentración después, hasta el presente.

Observar el trabajo a través del tiempo y el espacio nos permite trazar la complejidad de la historia del trabajo. (*Vid.* “Una nota sobre historias, métodos y teorías del trabajo”, pp. 15-23, para las diferentes historias del trabajo y las relaciones laborales y una muestra del campo teórico.) Aparte de la economía de mercado que ahora damos por sentada, se revelan acuerdos basados en relaciones recíprocas (fundadas por nuestros ancestros cazadores-recolectores, pero que siguen siendo familiares para los hogares de nuestros días) y sociedades de redistribución tributaria. Podemos ver recurrencias en la historia: trabajo asalariado a gran escala, trabajo esclavo, autoempleo, incluso las mismas economías de mercado han aparecido en múltiples ocasiones, en varias partes del mundo, y (a veces) se han vuelto a desvanecer. Asimismo, éstas han dado origen a relaciones muy diferentes entre las personas y el trabajo, y a una remuneración extremadamente fluctuante; no siempre debido al mercado ni a aquellos que ostentan el poder, sino también a causa de las acciones individuales o colectivas de los trabajadores asalariados en busca de una compensación justa por el trabajo realizado que aborda —o exacerba— la desigualdad social.

\*

Los cimientos de un cambio estructural tan esencial en la historia del trabajo son las experiencias y las conductas de trabajadores y trabajadoras individuales. Por lo general, las personas no trabajan a solas y, sin duda, no sólo para ellas mismas. En primer lugar, cada *individuo* pasa la mayor parte de su vida trabajando dentro de una *familia* u *hogar*, definidos aquí simplemente como un grupo de parientes que juntan sus ingresos y que, por lo general, viven y comen juntos. Las actividades de todos los miembros pueden verse, por consiguiente, como un todo.<sup>12</sup> Los miembros coordinan sus actividades y,

<sup>12</sup> Sobre la acumulación de ingresos de acuerdo con un “ciclo de trabajo”, *vid.* Jan Lucassen, *Migrant Labour in Europe 1600-1900. The Drift to the North Sea*, Croom Helm, Londres, 1987, y

al final, podemos hablar de una estrategia de grupo: una “estrategia de vida en el hogar”.<sup>13</sup> Ese arreglo doméstico involucra la división de tareas de acuerdo con las habilidades, el género, la edad y una estrategia matrimonial. Si tomamos la idea de la persona individual como el núcleo, podemos distinguir una primera capa —el hogar— alrededor del individuo.

Además, miembros de diferentes hogares trabajan juntos en grupos sociales más grandes, llamados entidades (*polity*), la segunda capa. Por un largo tiempo, éstas fueron pequeñas, como las bandas de cazadores-recolectores, pero esas bandas también operaban dentro de una entidad más grande, un grupo de bandas en que, por ejemplo, se intercambiaban parejas matrimoniales, algo necesario para la diversidad genética. Posteriormente, tras la Revolución neolítica, los Estados (las ciudades-Estado) se volvieron viables. El intercambio de bienes y servicios podía organizarse mediante una redistribución tributaria central dentro de esas complejas entidades, como en el Antiguo Egipto o en el Imperio inca, pero gradualmente también a través de *mercados*.<sup>14</sup> Las entidades que permiten mercados establecen las reglas de su juego, pero también pueden ser rehenes de ciertos jugadores en ese mercado.<sup>15</sup> Entonces, son posibles relaciones de poder mudables entre los actores, quienes en ocasiones se apoyan más en la entidad y en otras más en el mercado.

Las personas trabajan con otros y para otros. Esto sugiere relaciones laborales horizontales y verticales dentro del hogar y más allá de él. Las relacio-

---

Jan Lucassen, “In Search of Work”, Research paper 39, IISH (IISG), Ámsterdam, 2000. Sobre la desigualdad con el hogar: Hilde Bras, “Inequalities in Food Security and Nutrition. A Life Course Perspective”, Ponencia inaugural, Universidad de Wageningen, 4 de diciembre de 2014, también llamada “conflicto cooperativo” (A. K. Sen, “Cooperation, Inequality and the Family”, *Population and Development Review*, vol. 15, suplemento, 1989, pp. 61-76). Sobre los esclavos dentro del hogar: Laura Culbertson (coord.), *Slaves and Households in the Near East*, Oriental Institute, Chicago, 2011; Jonathan S. Tenney, “Household Structure and Population Dynamics in the Middle Babylonian Provincial ‘Slave’ Population”, en Laura Culbertson (coord.), *Slaves and Households...*, *op. cit.*, pp. 135-146; Mariana Muaze, “Ruling the Household. Masters and Domestic Slaves in the Paraíba Valley, Brazil, during the Nineteenth Century”, en Dale W. Tomich (coord.), *New Frontiers of Slavery*, SUNY Press, Nueva York, 2016, pp. 203-224. Para presupuestos separados del esposo y la esposa dentro del mismo hogar en Senegal: Ismaël Moya, *De l'argent aux valeurs. Femmes, économie et société à Dakar*, Société d'ethnologie, París, 2017. Sobre ideologías del hogar en países de la sinoesfera: Steven Rosefielde y Jonathan Leightner, *China's Market Communism. Challenges, Dilemmas, Solutions*, Routledge, Londres/Nueva York, 2018, cap. ix.

<sup>13</sup> También llamadas “estrategias de afrontamiento”: Theo Engelen, “Labour Strategies of Families. A Critical Assessment of an Appealing Concept”, *IRSH*, vol. 47, núm. 3, 2002, pp. 453-464; Jan Kok (coord.), *Rebellious Families. Household Strategies and Collective Action in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Berghahn, Nueva York/Oxford, 2002.

<sup>14</sup> Gary M. Feinman y Christopher P. Garraty, “Preindustrial Markets and Marketing. Archaeological Perspectives”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 39, 2010, pp. 167-191.

<sup>15</sup> Cf. Robert McC. Netting, *Smallholders, Householders. Farm Families and the Ecology of Intensive, Sustainable Agriculture*, Stanford University Press, Stanford, 1993, esp. pp. 17 ss. (sobre Marx y Chayánov), 64 (sobre dicotomías innecesarias).

nes laborales *horizontales* surgen de trabajar junto a iguales o compañeros de trabajo. Las relaciones laborales *verticales* definen para quiénes trabajamos, quién trabaja para nosotros y con qué reglas. Esas reglas (implícitas o explícitas, escritas o tácitas) determinan el tipo de trabajo, el tipo y la cantidad de remuneración, las horas de trabajo, los grados de esfuerzo físico y psicológico, así como los grados de libertad y de autonomía.<sup>16</sup>

Al hacer una distinción entre individuos, hogares, entidades y el mercado, pueden mapearse en particular las relaciones laborales verticales: ¿quién determina qué trabajo ha de hacerse y de acuerdo con cuáles reglas y condiciones? Ésa es la manera en que solemos hablar sobre las relaciones laborales y, por consiguiente, todos los miembros de una sociedad pueden clasificarse al hacer las siguientes preguntas directas: ¿No están trabajando aún o ya no pueden trabajar? ¿Tienen tanto dinero que no necesitan trabajar en lo más mínimo? ¿Trabajan principalmente en el hogar o en una unidad similar a una pequeña banda; en una sociedad redistributiva clásica en que los esfuerzos de todos se concentran en el dios y su templo; o principalmente a través del mercado? Y, si es a través del mercado, ¿como una pequeña empresa independiente, como un empresario, como un trabajador asalariado o como un esclavo?

La suma de todas esas relaciones laborales es lo que caracteriza a una sociedad; así podemos hablar de entidades de cazadores-recolectores, tributarias redistributivas o de mercado.

Hasta la fecha, una de las limitaciones de la historia del trabajo es que las relaciones laborales principalmente se restringen a oposiciones *verticales* dentro de las sociedades de mercado: entre empleado y empleador, esclavo y dueño de esclavos, ciudadano y Estado. Sin duda, eso es importante y, por consiguiente, esta historia incluirá sindicatos, huelgas, contratos laborales (escritos y tácitos), así como incentivos laborales, las maneras en que un empleador puede alentar a sus trabajadores e incluso a sus esclavos a trabajar más y mejor. Esos incentivos —como han señalado correctamente los Tilly— nunca tratan del todo sobre dinero: los trabajadores nunca están motivados solamente por los salarios. A la recompensa de la compensación ellos añaden, de modo alternativo, compromiso y coacción a la mezcla.<sup>17</sup> Los tres pueden usarse en diferentes grados para hablar de cualquiera que desempeñe un trabajo. Sin embargo, aunque las relaciones de poder entre empleador y empleado (libre o no) son reales e importantes, la conducta de un trabajador se explica mediante más que sólo ese tipo de subordinación. En todas las sociedades conocidas, por lo general, las personas trabajan junto a otras (miembros del mismo hogar, otros trabajadores asalariados, otros esclavos y otros

<sup>16</sup> Ésta es la definición desarrollada en el IISH-Collab en *Global Labour Relations 1500-2000*. Vid. Karin Hofmeester *et al.*, "The Global Collaboratory...", *op. cit.*

<sup>17</sup> Chris Tilly y Charles Tilly, *Work under Capitalism*, *op. cit.*, pp. 73-75, 87. Vid. también pp. 440-448.

trabajadores forzados) y sus relaciones mutuas, *horizontales*, forman parte intrínseca de la historia del trabajo.

Una amplia variedad de cooperación mutua y oposición es posible, dependiendo de alguna forma de “contrato”. El fundamento es el contrato, por lo general silente, entre miembros de un hogar que trabajan juntos: trabajo de cuidados no pagado o en la granja familiar. La mayoría de los lectores en la actualidad tendrán un contrato laboral individual, pero aun así tendrán que tratar diariamente con colegas de modo más o menos agradable. En el pasado las cosas no eran tan diferentes, aunque allí solemos encontrar también a grupos de trabajadores que ofrecían sus servicios y recibían un pago por trabajo a destajo a través de una subcontratación cooperativa.<sup>18</sup> La igualmente subcontratada pero en absoluto cooperativa industria “de explotación” [*sweating industry*] sigue demostrando cuán abusivas pueden ser esas relaciones; sin embargo, los esclavos también trabajaban juntos y los trabajadores libres y no libres podían cooperar en el mismo empleo. Todas esas relaciones laborales horizontales pueden volver la vida sencilla o difícil para los trabajadores; no sólo depende de su dueño o de su jefe.

En pocas palabras, tanto la *cooperación horizontal* como la *subordinación vertical* son elementos clave en una historia completa del trabajo y serán un tema importante del presente libro.<sup>19</sup> Los recursos de poder en las relaciones laborales verticales —por ejemplo, aquellos del señor en oposición a los del siervo, o los del dueño de la plantación en oposición a los del esclavo— son mayores porque, en última instancia, pueden hacerse cumplir mediante la entidad. Sin embargo, esto no significa que en la práctica cotidiana sólo las relaciones laborales verticales puedan crear el placer del trabajo o acabar con él.

La relación entre esfuerzo y remuneración también es un factor clave para vincular la experiencia laboral individual con el cambio estructural. En el caso de los cazadores-recolectores, el grupo trabaja en conjunto y los resultados se distribuyen en principio por igual entre sus miembros; eso no habría sido muy diferente entre los primeros agricultores (incluso hasta hace mil años en África). En última instancia, no obstante, la agricultura pudo producir tales excedentes que algunos miembros del grupo pudieron especializarse en oficios no agrícolas y entonces unos cuantos pudieron apropiarse de una porción más grande. Además, el grupo podía entonces volverse tan grande que esos *engrandecedores* tomaron el papel necesario de líderes.

<sup>18</sup> Piet Lourens y Jan Lucassen, *Arbeitswanderung und berufliche Spezialisierung. Die lippischen Ziegler im 18. und 19. Jahrhundert*, Rasch, Osnabrück, 1999; Gijss Kessler y Jan Lucassen, “Labour Relations, Efficiency and the Great Divergence. Comparing Pre-Industrial Brick-Making across Eurasia, 1500-2000”, en Maarten Prak y Jan Luiten van Zanden (coords.), *Technology, Skills and the Pre-Modern Economy in the East and the West. Essays Dedicated to the Memory of S. R. Epstein*, Brill, Leiden/Boston, 2013, pp. 259-322; *vid.* también pp. 384-387.

<sup>19</sup> A propósito, esto no excluye la cooperación entre empleador y empleado, según se explica esp. en pp. 485-486, 493.

La distribución de excedentes tomaría una forma especial en las nacientes ciudades y ligas de ciudades. En esas sociedades complejas surgieron sistemas formales de redistribución, por ejemplo, alrededor del templo. Todos los excedentes pertenecían, en teoría, a los dioses del templo y sus sirvientes; es decir, a la élite, entre quienes los sacerdotes dividían después el total. Por supuesto que existían diferencias en esa redistribución, dependiendo de la presunta importancia de los hogares en la entidad. En esas sociedades teocráticas los sacerdotes eran, después de todo, más importantes que los agricultores. Por consiguiente, la redistribución desigual de las entradas comunales se institucionalizó.

En los Estados —es decir, las entidades políticas— que surgieron de las ligas de ciudades, las élites se volvieron cada vez más poderosas, dentro y fuera de ellos. Dentro, podían reclamar para el Estado no sólo todas las entradas sino también los medios de producción y, a cambio de una remuneración, los servicios de los ciudadanos que no eran dueños de propiedades (por ejemplo, como soldados profesionales). Al mismo tiempo, los ciudadanos podían trabajar para sí mismos y, además, los comerciantes y otros profesionales podían adquirir recursos para la producción y, en última instancia, también podían emplear a trabajadores asalariados. Afuera, la entidad política podía adquirir prisioneros de guerra y hacer que trabajaran como esclavos. Una vez que estaban disponibles como recursos de producción, individuos del sector privado también podían adquirir y poner a trabajar a esas personas esclavizadas y a sus descendientes. Además de mercados de tierras y de bienes, esto creó también mercados de esclavos y laborales.

Dado el frecuente desequilibrio desde la aparición de los Estados entre el esfuerzo y la remuneración —en pocas palabras, la desigualdad social—, una pregunta clave tiene que ver con la manera en que reaccionaron las víctimas (y en ocasiones las personas ajenas al asunto de espíritu compasivo). Después de todo, la herencia común de la humanidad viene de relaciones de trabajo mucho más igualitarias entre los cazadores-recolectores, que, no puede repetirse lo suficiente, abarca 98% de nuestra historia humana. Como se explicará a mayor detalle en el capítulo I, el principio de reciprocidad es la base de las relaciones laborales humanas. Las muchas desviaciones posteriores, tanto en entidades tributarias redistributivas como de mercado, hicieron ajustes ideológicos necesarios para reconciliar a los trabajadores con la nueva situación de desigualdad. O cuando menos se esmeraron por hacerlas. La alternativa, después de todo, es la desestabilización de una entidad política.<sup>20</sup> En el presente libro observaremos intentos individuales y colectivos por lidiar con ese problema.

<sup>20</sup> T. Douglas Price y Gary M. Feinman (coords.), *Pathways to Power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*, Springer, Nueva York, 2010. Vid. también el triángulo en Karel Davids, *Religion, Technology, and the Great and Little Divergences. China and Europe Compared c. 700-1800*, Brill, Leiden/Boston, 2013 (no sólo Estado y mercado sino también religión).

Los intentos individuales por mejorar las condiciones laborales (o por mitigar o evitar un deterioro) al mantener buenas relaciones con el jefe o sus auxiliares son la norma. Un comportamiento similar incumbe a los autoempleados y sus clientes. Cuando eso fracasa se presentan intentos por encontrar un nuevo jefe (o, para el caso, nuevos clientes), de forma local o a través de la migración.<sup>21</sup> Sin embargo, los trabajadores pueden optar también por otras soluciones. En la práctica, esto se hace mediante una combinación de diferentes relaciones laborales a lo largo del tiempo, en vez de con un cambio repentino de estrategia. Pensemos en la industria artesanal, donde los campesinos combinaban el trabajo agrícola con tejer telas. La llamada proletarianización de los campesinos que se convirtieron en obreros tomó muchas generaciones, en ocasiones hasta diez. Incluso los esclavos (por ejemplo, en el Imperio romano y en el Brasil del siglo XIX) podían intentar ahorrar sus ganancias y comprar su libertad. De esa manera, podían adquirir la libertad para ellos o para su descendencia y continuar de modo independiente como pequeños agricultores o artesanos. Los siervos rusos trabajaban para ellos mismos, además del trabajo obligatorio para su terrateniente, pero en muchos casos aumentaban sus ingresos mediante el trabajo asalariado en la ciudad.

El poder colectivo, por otro lado, se aprovecha mediante el uso de huelgas, sociedades de beneficios mutuos y sindicatos. En las estrategias colectivas también existen múltiples opciones para que los individuos busquen mejoras en su trabajo y su remuneración (o para que eviten su deterioro). Los trabajadores asalariados pueden unirse —o no— a una huelga, mantenerse neutrales o cruzar la piqueta. Los esclavos pueden fugarse, sacar el mayor provecho de la situación, empezar una rebelión o unir fuerzas para repelerla.

Todas las relaciones laborales conocidas han resultado de esas estrategias y sus diversas inversiones y combinaciones. Los Estados obviamente impulsaron los cambios posteriores, en primer lugar, hacia una esclavitud cada vez más dominante y, en segundo, hacia el trabajo asalariado. Los Estados pueden, por ejemplo, imponer la esclavitud, pero también pueden volver a abolirla. Pueden volver posible el trabajo asalariado libre o el espíritu empresarial e independiente mediante legislaciones y regulaciones, pero también pueden eliminarlos, como ocurrió en las revoluciones comunistas de diversos países.

Distinguir entre los cambios que inicia el Estado y aquellos de los trabajadores es útil para dividir la historia del trabajo y también dota a los trabajadores de una capacidad operativa esencial. No obstante, también oculta la conexión entre los Estados y los ciudadanos. Las entidades políticas no pueden cambiar las reglas con impunidad y los trabajadores no pueden oponerse a

<sup>21</sup> Patrick Manning, *Migration in World History*, 2a. ed., Routledge, Londres/Nueva York, 2013; Jan Lucassen y Leo Lucassen (coords.), *Globalising Migration History. The Eurasian Experience (16<sup>th</sup>-21<sup>st</sup> Centuries)*, Brill, Leiden/Boston, 2014.

aquéllas sin autorización. La fuerza vinculante es el sistema prevalente de reglas e ideas en torno al trabajo y las relaciones laborales, algo que podemos llamar el papel de la ideología laboral como fuerza vinculante de la sociedad.

\*

Este libro tiene una estructura cronológica y temática, y aborda temas comunes que se repiten en mayor o menor medida en cada periodo, de los que distingo seis. El primero es, por mucho, el más largo, desde el surgimiento del *Homo sapiens* (que, con base en cálculos genéticos, se separó de los neandertales hace 700 mil años) hasta la Revolución neolítica o agrícola. En un inicio —y ése debe ser nuestro punto de partida—, en esencia no había distinción entre los intentos humanos y animales de sobrevivir, pero mediante el desarrollo del habla humana y, por lo tanto, de nuevas formas de comunicación surgieron nuevos modos de colaboración. El individuo vivía dentro del hogar, los hogares formaban bandas y las bandas intercambiaban individuos. Todo el trabajo ocurría dentro de esas unidades.

La reciprocidad habría sido por mucho tiempo la norma en la Revolución neolítica de cerca de hace 12 mil años. Pero, ésta ofreció más oportunidades para conseguir y acaparar alimentos y, por consiguiente, para la división del trabajo, lo que pudo haber conducido a un mayor enriquecimiento de algunos hogares y, en última instancia, a disparidades entre éstos. Allí se sembró la semilla de la desigualdad; junto con la cooperación se estaba creando también la subordinación. Las diferencias, no obstante, seguían siendo pequeñas en el segundo periodo que este libro distingue, y África demuestra que no existe un vínculo causal entre la revolución agrícola y la desigualdad social.

Tras el surgimiento de las ciudades, primero en Mesopotamia hace siete mil años —extremadamente tarde en la evolución del *Homo sapiens*— y un poco después en China y la India, se volvió posible la división del trabajo entre las zonas urbanas y rurales y entre los residentes urbanos. El surgimiento de ligas de ciudades y Estados a partir de 3000 a. e. c. fortaleció esa tendencia. Ese tercer periodo creó la totalidad del espectro de las relaciones laborales como las hemos conocido desde entonces. Junto con individuos y hogares, las entidades políticas con sus instituciones se volvieron indispensables, empezando por la entidad (ciudad, templo o Estado), que recolectaba los excedentes de la producción (por ejemplo, para el dios) y luego los redistribuía (trabajo tributario redistributivo, como en el Antiguo Egipto y en la América precolumbina). En los primeros Estados aparecieron cuatro tipos nuevos de relaciones laborales: trabajo asalariado libre, esclavitud y autoempleo (incluidos a los aparceros) y, finalmente, los empleadores. A partir de ese punto, la historia humana puede considerarse una competencia entre diversas relaciones laborales, con relaciones fluctuantes entre cooperación y subordinación. Esto determina la clasificación en el cuarto, quinto y sexto periodos.

Hacia el año 500 a. e. c. ocurrió una renovación de las transacciones humanas en tres ubicaciones del mundo, con consecuencias trascendentales para las relaciones laborales ya existentes: la aparición de monedas. Este “invento” —y en especial el de monedas de baja denominación para el uso cotidiano (*monetización profunda*)— facilitó la expansión de las transacciones de mercado, en especial el pago de salarios y el gastar esos salarios en la compra de la comida cotidiana y los productos de los oficios de los autoempleados. Dado que esas formas de trabajo se han vuelto tan importantes en la actualidad, si no es que obvias, se ha dedicado un capítulo independiente a esas partes del mundo en que se desarrollaron a gran escala el trabajo asalariado y los pagos salariales con monedas. En efecto, pudieron prosperar en Estados exitosos (urbanizados) a largo plazo en que la consolidación fue cuando menos tan importante como la expansión y la agresión. Pueden encontrarse ejemplos de lo anterior en diversas partes de Eurasia entre 500 a. e. c. y 1500 e. c. Esto conforma el cuarto periodo: en particular, la secuencia persa-griega-romana-bizantina-árabe en el oeste de Eurasia, los Maurya y sus sucesores en Asia del Sur y las dinastías Han y Song en China, en comparación con la formación de Estado en otras partes sin trabajo asalariado, en especial en África y América.

Algunos Estados fueron tan exitosos, también y en especial en términos económicos, que se expandieron por todo el mundo en lo que defino como el quinto periodo, *ca.* 1500 a 1800. Ésa fue la época de la “globalización” en el sentido actual de la palabra.<sup>22</sup> En esos siglos, la competencia entre entidades políticas tomó formas tales que la organización del trabajo en las diferentes partes del mundo empezó a variar drásticamente. Por sólo mencionar los ejemplos más sorprendentes: la expansión del trabajo libre en Europa Occidental con nuevas formas de colaboración y, por el contrario, nuevas formas de subordinación en forma de servidumbre en Europa del Este y de esclavitud en África y América, pero también en Asia del Sur y el Sudeste Asiático. Al mismo tiempo, no obstante, tanto en Asia del Este como en Europa Occidental —y, según parece, de modo independiente—, hubo una intensificación del trabajo en los hogares campesinos con un incremento en el trabajo de las mujeres, la llamada *Revolución industrial*.

El sexto y último periodo (dividido temáticamente entre los capítulos VI y VII) comienza con la *Revolución industrial*. La división del trabajo y de las habilidades creó innumerables ocupaciones nuevas y, posteriormente, erradicó muchas otras. La robotización es la fase en que vivimos actualmente. Esto condujo también, aunque en vaivenes, a un cambio importante en las relaciones laborales. De modo lento, pero seguro, disminuyó la importancia para el mercado del trabajo doméstico, independiente y un poco más rápido, de carác-

<sup>22</sup> Pim de Zwart y Jan Luiten van Zanden, *The Origins of Globalization. World Trade in the Making of the Global Economy, 1500-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 2018.

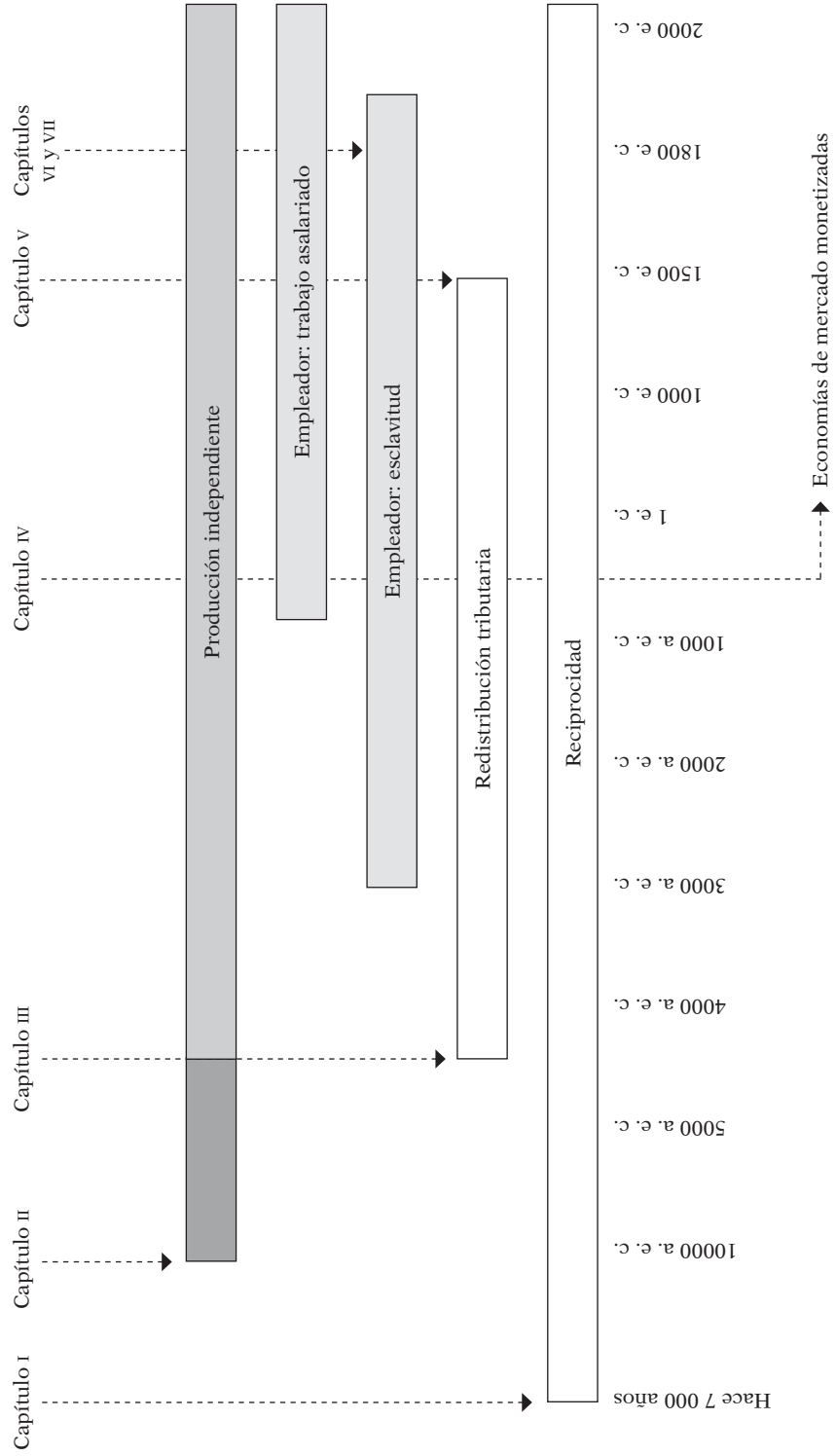


FIGURA 1. Los cambios en las relaciones laborales descritos en este libro.

ter no libre. Lo anterior lo anunció la abolición de la esclavitud en Haití, del comercio trasatlántico de esclavos y de la servidumbre en Europa del Este, lo que culminó con el establecimiento de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y con la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Los cambios en las relaciones laborales que se delinean en este libro (*vid.* figura 1), y, sin duda, la convergencia mundial de las relaciones laborales en los últimos dos siglos, no deberían considerarse un fenómeno natural, sino principalmente el resultado de estrategias y acciones individuales y colectivas por parte de los trabajadores. Por consiguiente, la cooperación y la subordinación recuperaron cierto equilibrio. Ésa es la historia del movimiento obrero, de los partidos obreros y del Estado de bienestar: el núcleo de la historia clásica del trabajo. Asimismo, no sólo convergen las relaciones laborales mundiales sino también, de modo significativo, las relaciones laborales entre hombres y mujeres.

Sin embargo, como nos enseña la historia reciente de Europa Occidental, de Rusia y de China, así como la actual crisis económica mundial, no se trata de un desarrollo simple y unilineal. Al mismo tiempo que ha ocurrido un crecimiento de la prosperidad global, en particular desde la segunda Guerra Mundial, la desigualdad entre trabajadores ha aumentado. Este libro concluye con una reflexión sobre futuros acontecimientos. ¿Qué pueden decirnos los patrones históricos a largo plazo que subyacen en las preocupaciones actuales en torno a temas urgentes como la migración, la robotización y la igualdad social sobre el lugar al que nos está llevando el trabajo? ¿Cómo va a manifestarse nuestra necesidad esencial de trabajar en un mundo de cambios acelerados? ¿Podemos elegir la apariencia que tendrán después nuestras vidas laborales?

El presente libro sugiere que existen respuestas a esas preguntas. La experiencia a largo plazo de la humanidad muestra que el trabajo no sólo es necesario para nuestra supervivencia —incluso en nuestra era de robotización—; el trabajo es más que eso: la sensación de plenitud que trae consigo lo vuelve indispensable para nuestra autoestima y para la estima de nuestros pares. La historia de la humanidad puede verse a horcajadas entre dos tensiones fundamentales: nuestra historia evolutiva y nuestra existencia como cazadores-recolectores hasta hace unos cuantos miles de años determinan nuestro esfuerzo por conseguir una compensación justa por nuestros esfuerzos, pero la división del trabajo en sociedades más complejas fácilmente ocasiona desigualdad. La historia del trabajo deja claro que las fuertes ideologías que defienden la desigualdad pueden ser exitosas de modo perdurable, pero la globalización apunta en otra dirección. A pesar de los puntos bajos de la remuneración injusta de los últimos siglos, el llamado universal de justicia pareciera estar prevaleciendo. Ponerlo en práctica sin sucumbir al atractivo de supuestas utopías es la difícil tarea que tenemos frente a nosotros.



*Una mujer hadza escarba en busca de tubérculos comestibles.  
Los hadza son una de las pocas sociedades en el mundo que siguen ganándose  
la vida a partir de los recursos silvestres.*

## I. HUMANOS TRABAJANDO, HACE 700 000 A 12 000 AÑOS

HACE aproximadamente 700 mil años, los humanos modernos y los neandertales siguieron cada uno su camino. Es allí donde comienza este libro... pero no sin antes considerar las similitudes y las diferencias entre el trabajo de los humanos y el de otros seres vivos. Durante la mayor parte de nuestra historia, el trabajo consistió en cazar y recolectar; entonces, por fin, hace 45 mil años, el surgimiento de la especialización de unos cuantos individuos que sobresalían en una habilidad particular condujo a una mayor variedad de relaciones sociales de acuerdo con el género y la edad.

### EL TRABAJO ANIMAL Y EL HUMANO

El pionero estadounidense de los estudios de tiempos y movimientos, Frank Bunker Gilbreth, señaló de modo algo provocador en 1911: “Un ser humano o un animal de trabajo son una planta energética, y están sujetos a casi todas las leyes que rigen y limitan a la planta energética”.<sup>1</sup> Con la meta de definir el trabajo con mayor precisión, debemos comenzar por preguntar exactamente cuál es la diferencia entre un humano que trabaja, un animal que trabaja y una máquina que funciona.

Satisfechos con un aparato recién adquirido o reparado, no dudamos en decir que funciona o trabaja. Según parece, las máquinas trabajan y por supuesto que lo hacen, pero sólo porque los humanos las *hacemos* trabajar y sólo después de haberlas encendido. Dejando de lado la ciencia ficción, las máquinas no trabajan sin intervención humana. Si bien esa pregunta puede tener una respuesta relativamente sencilla, la siguiente —“¿los animales trabajan?”— es menos clara.

En primer lugar, debemos replantear la pregunta. Lo que deberíamos preguntar es: ¿cuál es la diferencia entre el trabajo de *humanos modernos* y el de nuestros parientes más cercanos, los *primates*?<sup>2</sup> Nuestro reflejo es res-

<sup>1</sup> Frank B. Gilbreth, *Motion Study. A Method for Increasing the Efficiency of the Workman*, D. Van Nostrand Company, Nueva York, 1911, p. 76. Sobre otro interesante paralelo de Bücher, vid. Jürgen H. Backhaus (coord.), *Karl Bücher. Theory-History-Anthropology-Non-Market Economies*, Metropolis, Marburgo, 2000, p. 165.

<sup>2</sup> Utilizo la expresión *humanos modernos* (como en David Reich, *Who We Are and How We Got There. Ancient DNA and the New Science of the Human Past*, Pantheon, Nueva York, 2018 [Quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí. ADN antiguo y la nueva ciencia del pasado humano, trad. Dulcinea Otero-Piñero, Antoni Bosch Editor, Barcelona, 2019]), cuando otros ha-

ponder que, de modo análogo a las máquinas, los animales no pueden trabajar sin nosotros. Los osos no bailarían, los burros no tirarían de carretas y los lipizzanos no actuarían sin el entrenamiento forzado o las órdenes de un ser humano.

No obstante, existen varias razones por las que las actividades de los animales —y, en particular, las de los bonobos y los chimpancés— se parecen al trabajo de los humanos más que el trabajo que hace una máquina. Por consiguiente, el primer paso sensato en nuestra historia debe ser estudiar lo elemental del trabajo de esos primates; sin duda va a enseñarnos mucho sobre nosotros mismos. En primer lugar, nuestra única actividad antes de la Revolución neolítica de hace unos 12 mil años era la adquisición diaria de comida a través de la caza y la recolección. Era la misma para la mayoría de los animales. Por consiguiente, si la caza y la recolección humanas son trabajo, entonces debemos aceptar que los animales también trabajan, independientemente de la acción humana. En segundo lugar, la compensación dada a los esclavos en la forma de comida, vivienda y atención médica puede compararse con la manera en que tratamos a los animales de tiro. Los esclavos y los caballos trabajan bajo condiciones similares. Entonces, eso es razón suficiente para no dejar de lado demasiado rápido los elementos compartidos de las actividades animales y humanas. Examinemos por lo tanto con mayor detenimiento la vida de los animales y, en particular, la de los bonobos y los chimpancés con la meta de entender los orígenes y las especificidades del trabajo de los primeros seres humanos.

Si bien la adquisición de alimento no sólo es el tipo de trabajo más necesario sino también el más básico que cualquier individuo debe realizar desde la edad de independencia, entre los primates no es una actividad estrictamente individual; en efecto, implica una división del trabajo. El ejemplo más famoso, por supuesto, es el de las abejas, que viven en colonias con una reina, zánganos y obreras.<sup>3</sup> Tomando en consideración la amplia brecha evolutiva entre las abejas y los humanos, es poco el valor que hay en continuar con este ejemplo. Sin embargo, para las etapas primordiales de los humanos, podemos consultar la etología y la biología social, que estudian la conducta social de los grandes simios y, en especial, de los bonobos y los chimpancés,

---

blan de *Homo sapiens* o de “humanos anatómicamente modernos (HAM)”. Cf. Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History. The Architecture of Past and Present*, University of California Press, Berkeley, 2011, cap. III; Gary Hatfield, “Introduction. Evolution of Mind, Brain, and Culture”, en Gary Hatfield y Holly Pittman (coords.), *Evolution of Mind, Brain, and Culture*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2013, pp. 8-10. Otros autores datan a los primeros humanos modernos hace entre 300 mil y 200 mil años (cf. Patrick Manning, *A History of Humanity. The Evolution of the Human System*, Cambridge University Press, Cambridge, 2020, cap. II), pero no considero que esa diferencia pese de alguna manera en los argumentos que aquí se plantean.

<sup>3</sup> Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others. The Evolutionary Origins of Mutual Understanding*, Harvard University Press, Cambridge, 2009, pp. 205-208.

que hace entre 7 y 10 millones de años compartían los mismos ancestros que nosotros.<sup>4</sup>

Entonces, ¿qué sabemos de la división del trabajo y, específicamente, de la distribución de tareas entre primates adultos machos y hembras? En primer lugar, en la mayoría de las especies existe una diferencia entre las tareas de machos y hembras: las últimas son exclusivamente responsables de educar a las crías, pues sólo ellas pueden amamantar. De modo crucial, otros tampoco se hacen cargo de las tareas de cuidado no estrictamente biológicas de la madre.<sup>5</sup> Dicho de otro modo, entre la mayoría de los primates, la tarea específicamente femenina de cuidar a las crías no conduce a la reciprocidad, con compañeros de grupo que se encarguen de otras tareas para las madres, en particular de la recolección de alimento.

Entre algunas especies de primates las cosas son, no obstante, un poco más complicadas y la división recíproca del trabajo en efecto ocurre, en especial durante la cacería. Si bien en principio el suministro relativamente directo de alimento de origen vegetal es una preocupación constante de cada individuo, la cacería es una actividad laboriosa e impredecible para los grandes simios.<sup>6</sup> Como regla general, los cazadores son machos adultos (entre los simios, en todo caso, son mucho más grandes y de constitución más fuerte que las hembras), con los individuos más hábiles y fuertes al frente. Con una cooperación eficiente y la suerte necesaria, esos individuos son capaces de conseguir de vez en cuando la muy preciada carne. Una vez que están en posesión de dicho alimento —que invariablemente se encuentra en una pieza, es susceptible de descomposición y es demasiado para que el cazador o los cazadores lo consuman solos—, los chimpancés y los monos capuchinos al parecer lo distribuyen voluntariamente entre otros miembros del grupo, con base en la reciprocidad. Quién recibe qué puede basarse en la generosidad durante distribuciones previas o en servicios sexuales y emocionales (como en el caso de la eliminación de pulgas entre monos). Los afortunados benefi-

<sup>4</sup> Frans de Waal, *Our Inner Ape. The Best and Worst of Human Nature*, Granta Books, Londres, 2005; Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others...*, *op. cit.*; Gary Hatfield y Holly Pittman (coords.), *Evolution of Mind...*, *op. cit.* (que incluye Gary Hatfield, "Introduction...", *op. cit.*). De modo extraordinario, James Suzman, *Work. A History of How We Spend Our Time*, Bloomsbury, Londres, 2020, no adopta ese razonamiento. Jared Diamond, *The Third Chimpanzee. The Evolution and Future of the Human Animal*, Harper Collins, Londres, 1992 [*El tercer chimpancé. Origen y futuro del animal humano*, trad. María Corniero, Debolsillo, Barcelona, 2016]: hace tres millones de años, los chimpancés y los bonobos siguieron caminos independientes (el tipo de comparación que hace implica de modo tácito la improbable aseeración de que el comportamiento de los primates no humanos no ha evolucionado de modo significativo desde entonces; para una crítica, *vid.* Wil Roebroeks, *The Neanderthal Experiment*, tweëëndertigste Kroon-voordracht, Leiden, 2010).

<sup>5</sup> Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others...*, *op. cit.*, pp. 116-118.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 164-167. La autora señala que, en la mayoría de los casos, la caza exclusivamente masculina no es exitosa.

ciarios no son exclusivamente parientes cercanos (a diferencia de las aves, que se alimentan entre sí durante la temporada de apareamiento).<sup>7</sup>

El primatólogo neerlandés Frans de Waal da un salto de la conducta social entre simios a la de los humanos al señalar los paralelos entre omnívoros, primates cazadores no humanos y pueblos cazadores en Paraguay, África del Sur y Brasil. En el último caso, concuerda con la antropóloga y primatóloga Katharine Milton, quien asevera:

A diferencia de nuestro sistema económico, en que cada persona por lo general intenta conseguir y controlar una porción tan grande de los recursos disponibles como sea posible, el sistema económico de cazadores-recolectores descansa sobre un conjunto de expectativas altamente formalizadas que se vinculan con la cooperación y el reparto [...] Por ejemplo, ningún cazador con la fortuna suficiente para matar una gran presa supone que todo ese alimento sea suyo ni que pertenezca solamente a su familia inmediata.<sup>8</sup>

El principio de que la carne deben compartirla todos en el campamento y no puede retenerla el cazador ni su familia se ilustra en las muchas monografías dedicadas a los cazadores-recolectores.<sup>9</sup>

Sarah Blaffer Hrdy, cuya obra pionera *Mothers and Others* [Madres y otros, 2009] ayudó a modernizar nuestro entendimiento de la base evolutiva de la conducta de las hembras tanto en los primates no humanos como humanos, señala otra forma de cooperación que surgió en un momento posterior de la evolución, mucho antes de los humanos modernos: la habilidad de las madres de confiar el cuidado de sus preciados hijos, con su lento crecimiento, a otros, los llamados alopadres (que incluyen al padre). De acuerdo con ella, eso pudo ya haber ocurrido entre hace 1.8 y 1.5 millones de años.<sup>10</sup> Quizás un elemento esencial en ese sentido es que los humanos tienen tasas de nacimiento más elevadas y una expectativa de vida reproductiva más larga que otros grandes simios. Los humanos también tienen un periodo de destete mucho más breve. Por consiguiente, sus crías crecen con más hermanos,

<sup>7</sup> Frans de Waal, *Good Natured. The Origins of Right and Wrong in Humans and Other Animals*, Harvard University Press, Cambridge, 1996 [Bien natural, trad. Isabel Ferrer, Herder, Barcelona, 1997]; cf. Mark Pagel, *Wired for Culture. Origins of the Human Social Mind*, W. W. Norton, Nueva York/Londres, 2012; Gary Hatfield y Holly Pittman (coords.), *Evolution of Mind...*, op. cit.

<sup>8</sup> Katharine Milton, "Civilization and Its Discontents", *Natural History*, vol. 101, núm. 3, 1992, p. 37; Frans de Waal, *Good Natured...*, op. cit.

<sup>9</sup> Richard B. Lee y Richard Daly (coords.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004; James Suzman, *Affluence without Abundance. The Disappearing World of the Bushmen*, Bloomsbury, Londres, 2017; y James Suzman, *Work...*, op. cit.

<sup>10</sup> Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others...*, op. cit., p. 79; David F. Lancy, *The Anthropology of Childhood. Cherubs, Chattel, Changelings*, 2a. ed., Cambridge University Press, Cambridge, 2015, pp. 123-125.

lo que a su vez mejora sus habilidades sociales y cognitivas. Además, el uso del fuego para calentar y cocinar los alimentos permite la digestión presomática y extrasomática de los humanos y contribuye a mejorar su nutrición y su salud.<sup>11</sup>

Asimismo, la menopausia característica de los humanos condujo a la “hipótesis de la abuela”: “contar con un par de manos extra habría significado que las hijas y las nueras podían reproducirse más rápidamente”.<sup>12</sup> Observamos el mismo patrón entre ciertos cazadores-recolectores africanos, por ejemplo los hadza de la actual Tanzania. Durante sus primeros cuatro años, los niños hadza pasan 31% de sus horas de contacto con individuos que no son sus madres. Resulta impensable que los grandes simios permitieran eso a sus conespecíficos o incluso a los hermanos varones de la madre; lo que resulta en el largo intervalo de cuatro a ocho años entre nacimientos en los grandes simios.<sup>13</sup> Ese importante paso evolutivo puede haber coincidido con el surgimiento del primer acto de habla humano. Y con el lenguaje llegó una mejora revolucionaria en las primeras herramientas, algo que sólo fue posible cuando los trucos técnicos necesarios pudieron transmitirse mediante las primeras formas de lenguaje (*sí, no, aquí, ahí*).<sup>14</sup>

La paleoantropóloga Leslie Aiello ha mostrado que la aparición del género *Homo* hace dos millones de años, con su cerebro más grande y su mayor talla corporal, de modo notable entre las hembras, influyó en gran medida en los costos de reproducción femeninos, tanto durante la gestación como durante la lactancia.<sup>15</sup> Asevera que “los elevados costos energéticos resultantes por cría podrían haberse reducido considerablemente al disminuir el intervalo

<sup>11</sup> Le agradezco a Wil Roebroeks por esta información. *Vid.* también pp. 99 ss. de este libro.

<sup>12</sup> Mark Pagel, *Wired for Culture...*, *op. cit.*, p. 6; *cf.* Kristen Hawke, “How Grandmother Effects plus Individual Variation in Frailty Shape Fertility and Mortality. Guidance from Human-Chimpanzee Comparisons”, *PNAS*, vol. 107, suplemento 2, 11 de mayo de 2000, pp. 8977-8984; James E. Coxworth *et al.*, “Grandmothering Life Stories and Human Pair Bonding”, *PNAS*, vol. 112, núm. 38, 22 de septiembre de 2015, pp. 11806-11811.

<sup>13</sup> Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others...*, *op. cit.*, pp. 85-95; *cf.* Bwire Kaare y James Woodburn, “The Hadza of Tanzania”, en Richard B. Lee y Richard Daly (coords.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters...*, *op. cit.*; Leslie C. Aiello, “Notes on the Implications of the Expensive Tissue Hypothesis for Human Biological and Social Evolution”, en Wil Roebroeks (coord.), *Guts and Brains. An Integrative Approach to the Hominin Record*, Leiden University Press, Leiden, 2007, p. 20; Andrew Shryock, Thomas R. Trautmann y Clive Gamble, “Imagining the Human in Deep Time”, en Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History...*, *op. cit.*, p. 39.

<sup>14</sup> T. J. H. Morgan *et al.*, “Experimental Evidence for the Co-evolution of Hominin Tool-Making Teaching and Language”, *Nature Communications*, vol. 6, núm. 6029, 2015; Mark Pagel, *Wired for Culture...*, *op. cit.*, pp. 278-280. Sobre la espinosa cuestión de cómo y cuándo se originó el lenguaje: Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History...*, *op. cit.*; Gary Hatfield y Holly Pittman (coords.), *Evolution of Mind...*, *op. cit.*; Paola Villa y Wil Roebroeks, “Neanderthal Demise. An Archaeological Analysis of the Modern Human Superiority Complex”, *PLOS ONE*, vol. 9, núm. 4, abril de 2014, pp. 1-10; Patrick Manning, *A History of Humanity...*, *op. cit.*

<sup>15</sup> Leslie C. Aiello, “Notes on the Implications...”, *op. cit.*

entre nacimientos”. Claramente, eso habría sido ventajoso en una etapa temprana de la evolución del género *Homo*, cuyos integrantes en ese momento se mudaron a un ambiente más peligroso y abierto con un mayor número de muertes accidentales como consecuencia. Sin embargo, debido al intervalo reducido entre nacimientos, una madre habría sido responsable de los bebés recién destetados dependientes mientras estaba gestando o lactando a su siguiente hijo. ¿Cuáles son las implicaciones sociales de lo anterior? Después de considerar varias posibilidades, Aiello plantea el siguiente escenario para resolver el problema de los elevados costos femeninos de reproducción:

Cuando el éxito de los machos en la caza es esporádico, pero produce grandes réditos, el tamaño deseado del grupo sería uno que asegurare un suministro razonablemente constante de un recurso limitado. En ese contexto, no importa por qué o cómo se distribuyen los alimentos provistos por el macho, mientras se distribuyan en el grupo y el tamaño del grupo sea tal que asegure que los recursos provistos por el macho complementen aquellos provistos por las hembras en el grado necesario para soportar sus requerimientos energéticos reproductivos.<sup>16</sup>

Debemos sumar otro elemento importante a lo anterior: la transferencia trigeracional de alimento (energía) y conocimiento.<sup>17</sup> Debido a que, en comparación con los primates no humanos, los recolectores humanos, con su dieta de alimentos de alta calidad ricos en nutrientes y difíciles de adquirir, se caracterizan por cuerpos y cerebros grandes y, en particular, por su prolongada longevidad, tienen un patrón de vida específico. Hasta los 14 años, no sólo producen menos energía de la que consumen, sino que su producción de energía neta se vuelve cada vez más negativa. Sólo después de los 20 años se presenta un incremento positivo en la producción. Entre las edades de 30 y 45 años alcanzan la etapa de “sobreproducción”; la producción neta humana llega a su pico en aproximadamente 1 750 calorías por día cerca de los 45 años. Entre los 60 y 65 años vuelven al rango negativo. Esto nos dice dos cosas: los humanos necesitan mucho más tiempo para producir energía de la manera más eficiente posible, y, durante ese periodo de aprendizaje, dependen de los miembros mayores del grupo: hombres y mujeres en diferentes grupos de edad. En ese periodo, los jóvenes obtienen conocimiento de sus mayores, codificado en mitos y rituales (la llamada enciclopedia tribal).<sup>18</sup> Mientras

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 23; también, sobre los neandertales, Margherita Mussi, “Women of the Middle Latitudes. The Earliest Peopling of Europe from a Female Perspective”, en Wil Roebroeks (coord.), *Guts and Brains...*, *op. cit.*, pp. 165-183.

<sup>17</sup> Hillard S. Kaplan *et al.*, “The Evolution of Diet, Brain and Life History among Primates and Humans”, en Wil Roebroeks (coord.), *Guts and Brains...*, *op. cit.*, pp. 47-90; sobre el periodo de aprendizaje, *vid.* la sección “La caza y recolección de alimentos en la práctica”, *infra*.

<sup>18</sup> Patrick Nunn, *The Edge of Memory. Ancient Stories, Oral Tradition and the Post-Glacial World*, Bloomsbury Sigma, Londres, 2018.

que los chimpancés alcanzan la madurez hacia los 12 años de edad, entre los *Homo erectus* sucedía a los 14 años, entre los neandertales entre los 15 y los 16, y para el *Homo sapiens* entre los 18 y 19.<sup>19</sup> El argumento de Aiello y de otros, por consiguiente, respalda tanto la cooperación humana, según la plantea De Waal, como la idea de la aloparentalidad de Hrdy.<sup>20</sup>

De hecho, ese enfoque involucra comparar la conducta social de tres grupos: el de los animales vivos en la actualidad, de modo específico los primates (y dentro de esa clase en particular los bonobos y los chimpancés); el de los cazadores-recolectores de alimentos en la actualidad o en el pasado reciente; y el de toda la humanidad antes de la Revolución neolítica. Partiendo de una perspectiva de comparabilidad, De Waal y Hrdy adoptan respecto al debate histórico la posición de que la teoría de la evolución es anacrónica.<sup>21</sup> En específico, De Waal se expresa con fuerza en contra del filósofo decimonónico Herbert Spencer, “el bulldog de Darwin” Thomas Henry Huxley y sus incontables seguidores, quienes acogieron el adagio “la supervivencia del más apto” como la única base de la sociedad.<sup>22</sup>

<sup>19</sup> Eric Alden Smith *et al.*, “Wealth Transmission and Inequality among Hunter-Gatherers”, *Current Anthropology*, vol. 51, núm. 1, febrero de 2010, pp. 19-34.

<sup>20</sup> La hipótesis difícil de probar de Hrdy de que la matrilocalidad es esencial para el desarrollo de la aloparentalidad (Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others...*, *op. cit.*, pp. 143-145, 151-152, 171-173, 180-194) resulta superflua en esto, en mi opinión. Cf. Thomas R. Trautmann, Gilliam Feeley-Harnik y John C. Mitani, “Deep Kinship”, en Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History...*, *op. cit.*, pp. 166, 172.

<sup>21</sup> Historiografías de la prehistoria: Alan Barnard, “Images of Hunters and Gatherers in European Social Thought”, en Richard B. Lee y Richard Daly (coords.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters...*, *op. cit.*, pp. 375-383; Graeme Barker, *The Agricultural Revolution in Prehistory. Why Did Foragers Become Farmers?*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 4-17; sobre el desarrollo del método comparativo y el papel de la antropología: Robert L. Kelly, *The Foraging Spectrum. Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C./Londres, 1995, pp. 1-37, 43, 49, 345-348. Cf. J. M. Adovasio, Olga Soffer y Jake Page, *The Invisible Sex. Uncovering the True Roles of Women in Prehistory*, Smithsonian Books/Harper Collins, Nueva York, 2007 [*El sexo invisible. Una nueva mirada a la historia de las mujeres*, trad. Ana Mata Buil, Lumen, Barcelona, 2008]. Sin importar cuántos errores se lleven a cabo, el método comparativo es simplemente indispensable para un análisis histórico como el de este libro.

<sup>22</sup> Frans de Waal, *Good Natured...*, *op. cit.*, y Frans de Waal, *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*, Harmony Books, Nueva York, 2009 [*La edad de la empatía. Lecciones de la naturaleza para una sociedad más justa y solidaria*, trad. Ambrosio García Leal, Tusquets, México, 2013]. Se coloca del lado de Piotr Kropotkin (*El apoyo mutuo*, 1902: quien “tuvo una corazónada al respecto”; y *La conquista del pan*, 1906) y, en especial, Robert Ludlow Trivers, el originador de la teoría del altruismo recíproco, un enfoque relacionado con el de John Rawls. Sobre las tradiciones opuestas de “la guerra de todos contra todos” (Hobbes; Huxley; Durkheim) en contra de Rousseau a Kropotkin: Richard B. Lee y Richard Daly (coords.), *The Cambridge Encyclopedia...*, *op. cit.*, p. 1; Robert L. Kelly, *The Foraging Spectrum...*, *op. cit.*, p. 1; Graeme Barker, *The Agricultural Revolution...*, *op. cit.*, p. 44. Polanyi habla de “reciprocidad” con “simetría” (Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Farrar & Rinehart, Nueva York/Toronto, 1944 [*La gran transformación*, 3a. ed., trad. Graciela Chailloux Laffita, rev. de la trad. Fausto José Trejo, Fondo

De modo indisputable, los humanos, como todos los primates, son capaces de conductas competitivas y agresivas, pero eso sólo es la mitad de la historia.<sup>23</sup> Igualmente importante para el éxito evolutivo de la especie es la capacidad humana de cooperación. Esto es resultado directo de la vulnerabilidad de los primates, incluido el hombre, ante los depredadores: “La seguridad es la primera y principal razón de la vida social [...] Cada uno de nosotros depende mucho de los demás para la supervivencia. Es ésa la realidad que debería tomarse como punto de partida de cualquier discusión en torno a la sociedad humana, no los sueños de siglos pasados que presentaban a nuestros ancestros libres como las aves y carentes de cualquier obligación social”.<sup>24</sup>

En cuanto al desarrollo del trabajo humano, es importante señalar que el principio esencial de la reciprocidad —y con él, el de compartir las tareas del cuidado de los niños— probablemente ha sido una cualidad humana desde el inicio. Esa observación es consistente con los problemas definicionales planteados previamente. Si antes de la existencia del *Homo sapiens* no sólo el suministro de alimento —que se definirá como trabajo “real”— sino los servicios emocionales y sexuales mutuos eran elementos fijos de la conducta de nuestra especie, entonces la frontera entre trabajo “real” y obligaciones sociales se vuelve nebulosa. Por consiguiente, la definición amplia que Chris y Charles Tilly hacen de *trabajo* (*vid.* pp. 25-26) es un buen punto de partida para toda la historia mundial. La aptitud del individuo y de sus descendientes para la supervivencia no sólo se basa en un largo periodo de dependencia para contar con sustento sino también para adquirir conocimiento. La transferencia de este último en el sentido más amplio y a largo plazo determina las probabilidades de supervivencia de los recolectores.<sup>25</sup>

---

de Cultura Económica, México, 2017], caps. iv-vi; Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson, *Trade and Market in the Early Empires. Economies in History and Theory*, The Free Press, Glencoe, 1957; George Dalton [coord.], *Primitive, Archaic and Modern Economies. Essays of Karl Polanyi*, Beacon Press, Boston, 1971).

<sup>23</sup> Se plantean reservas bien formuladas en Kenneth M. Ames, “On the Evolution of the Human Capacity for Inequality and/or Egalitarianism”, en T. Douglas Price y Gary M. Feinman (coords.), *Pathways to Power. New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*, Springer, Nueva York, 2010, pp. 15-44, quien enfatiza que los humanos, también en sociedades a pequeña escala, tienen una capacidad para la desigualdad y el igualitarismo, al tiempo que concede que es posible que “trabajen mejor y tengan mayores probabilidades de persistir si se reprime la competencia por prestigio” (p. 37).

<sup>24</sup> Frans de Waal, *The Age of Empathy...*, *op. cit.*, pp. 20-21; cf. Pia Nystrom, “Aggression and Nonhuman Primates”, en Mike Parker Pearson e I. J. N. Thorpe (coords.), *Warfare, Violence and Slavery. Proceedings of a Prehistoric Society Conference at Sheffield University*, BAR Publishing, Oxford, 2005, pp. 35-40.

<sup>25</sup> Cf. Gary Hatfield, “Introduction...”, *op. cit.*, pp. 13-14 (los humanos se benefician del sistema de herencia mutua: genética y cultural) y Thomas R. Trautmann, Gilliam Feeley-Harnik y John C. Mitani, “Deep Kinship”, *op. cit.* (el éxito evolutivo de los humanos se basa en características —en parte compartidas con diferentes especies de simios— de reconocimiento de parentesco, evasión del incesto, creación de vínculos de pareja y generaciones superpuestas).

Los humanos son una especie que puede entenderse no sólo a través de la competencia sino también y especialmente mediante el prisma de la cooperación. Asimismo, las hembras de nuestra especie no tienen que cuidar a sus hijos de modo exclusivo; permitimos que otros —en especial las abuelas— se encarguen también de ese papel. Esto proporciona dos puntos de partida importantes para la historia del trabajo de los cazadores-recolectores, y quizá también para lo que hemos hecho desde entonces: no sólo subordinación, sino también, de modo crucial, cooperación.<sup>26</sup> En resumen, el trabajo de los humanos modernos durante cuando menos el primer 95% de su existencia fue una forma de “altruismo recíproco”.<sup>27</sup>

### EL TRABAJO DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES

¿Cómo se desarrolló el trabajo humano antes del Neolítico? Con el fin de responder a esa pregunta, primero debemos reflexionar en torno a algunos millones de años de historia humana.<sup>28</sup> Desde la divergencia entre chimpancés y humanos aproximadamente entre hace 7 y 10 millones de años, los homínidos han conocido dos desarrollos evolutivos importantes, ambos sucedidos en África. A partir de hace entre 2 y 2.5 millones de años, encontramos el género *Homo*, representado durante los últimos dos millones de años por el *Homo erectus*. Las dos especies mejor conocidas dentro de ese género son el *Homo neanderthalensis* (los neandertales), que vivieron hasta hace 39 mil años, y la rama independiente del *Homo sapiens* (los humanos modernos). Esas dos ramas se dividieron hace unos 700 mil años. Todos nosotros perte-

<sup>26</sup> Frans de Waal, *Our Inner Ape...*, *op. cit.*, cap. vi; Frans de Waal, *The Age of Empathy...*, *op. cit.*, cap. vii; cf. Steven Mithen, *After the Ice. A Global Human History, 20,000-5,000 BC*, Harvard University Press, Cambridge, 2003, p. 506.

<sup>27</sup> Mark Pagel, *Wired for Culture...*, *op. cit.*

<sup>28</sup> Vid. contribuciones en Wil Roebroeks (coord.), *Guts and Brains...*, *op. cit.* (en especial Najma Anwar *et al.*, “The Evolution of the Human Niche. Integrating Models with the Fossil Record”, pp. 235-240; y William R. Leonard *et al.*, “Energetics and the Evolution of Brain Size in Early *Homo*”, p. 35); Wil Roebroeks, *The Neanderthal...*, *op. cit.*; Jon M. Erlandson, “Ancient Immigrants. Archaeology and Maritime Migrations”, en Jan Lucassen, Leo Lucassen y Patrick Manning (coords.), *Migration History in World History. Multidisciplinary Approaches*, Brill, Leiden/Boston, 2010, pp. 191-214; Andrew Pawley, “Prehistoric Migration and Colonization Processes in Oceania. A View from Historical Linguistics and Archaeology”, en Jan Lucassen, Leo Lucassen y Patrick Manning (coords.), *Migration History...*, *op. cit.*, pp. 77-112; Andrew Shryock y Daniel Lord Smail (coords.), *Deep History...*, *op. cit.*; Kevin E. Langergraber *et al.*, “Generation Times in Wild Chimpanzees and Gorillas Suggest Earlier Divergence Times in Great Ape and Human Evolution”, *PNAS*, vol. 109, núm. 39, 25 de septiembre de 2012, pp. 15716-15721; Gary Hatfield, “Introduction...”, *op. cit.*; Paola Villa y Wil Roebroeks, “Neanderthal Demise...”, *op. cit.*; David Reich, *Who We Are...*, *op. cit.*; obsérvese su advertencia en la p. xxi: “El campo está cambiando demasiado rápido. Para cuando este libro llegue a los lectores, algunos de los avances que describe se habrán superado o incluso contradicho”.